



José Eloy Rodríguez

Aldo Daniel Naranjo

**PÁGINAS
REBELDES**

Bayamo en 1957



Colección Crisol

José Eloy Rodríguez Romás
(Bartolomé Masó, 1934).
Fundador de la UNEAC en
Granma. Ha obtenido premios
de investigación histórica en
eventos nacionales y
provinciales. Autor del libro
Crescensio Pérez y la Columna
7. Miembro de la Comisión de
Historia del Frente Camagüey
que publicó el texto *Frente*
Camagüey.

Aldo Daniel Naranjo Tamayo
(Guisa, 1966). Museólogo e
investigador del Museo
Provincial de Granma. Editor
del boletín *El Museólogo*.
Guionista de Radio Bayamo y
la televisora CNC.

Es coautor de los libros
Bayamo en el crisol de la
nacionalidad cubana (1996),
Hijos de la fraternidad (2002)
y *El marquesado de Guisa*
(2004); además, del *Mapa*
Histórico Biográfico del Mayor
General Carlos Manuel de
Céspedes (Ediciones Geo,
2004). Es miembro de la
UNHIC. Recibió en 2002 el
Premio Anual de
Investigaciones Culturales
Juan Marinello.

PÁGINAS REBELDES

Bayamo en 1957



Colección Crisol

**José Eloy Rodríguez
Aldo Daniel Naranjo**

**PÁGINAS
REBELDES**

Bayamo en 1957



Bayamo, Granma, 2005

ÍNDICE

Prefacio.....	9
Capítulo I	
Conciencia cívica bayamesa.....	13
Capítulo II	
Un Julio diferente.....	21
Capítulo III	
La Huelga de agosto.....	27
Capítulo IV	
La noche del terror en Bayamo.....	57
Citas y notas.....	79
Testimoniantes.....	81

Edición: Katia López Surós. **Diseño:** Jaime Pérez Fernández. **Corrección:** Lester García Rondón. **Composición C.:** Yulia Almaguer Bencosme. **Impresión:** Vicente Piña Rodríguez. **Encuadernación:** Josefa Tornés Ricardo.

© José Eloy Rodríguez Romás, 2005

Aldo Daniel Naranjo Tamayo, 2005

© Sobre la presente edición: Ediciones Bayamo, 2005

ISBN: 959-223-098-6

Ediciones Bayamo: Centro Provincial del Libro y la Literatura Canducha
Figueredo No. 62. Entre Céspedes y General García Bayamo, Granma, Cuba.
E. mail: cpllgr@crisol.cult.cu

A los combatientes y mártires de la Revolución.

A las nuevas generaciones interesadas en la Historia.

PREFACIO

La Guerra de Liberación (1956-1958) constituyó la magna epopeya protagonizada por el pueblo cubano en aras de su definitiva libertad y soberanía. En la pugna sin cuartel contra el régimen batistiano se templó el acero.

Después del desembarco del yate Granma y el revés de Alegría de Pío, el grupo guerrillero primario ganó en fortaleza como consecuencia de varios factores, entre ellos: el apoyo del campesinado de la Sierra Maestra, la utilización de métodos de guerra irregular y la acertada conducción de Fidel Castro. Esto determinó la rápida fragua del Ejército Rebelde como la vanguardia armada del pueblo en rebeldía.

La lucha revolucionaria violenta no sólo se desarrolló en las montañas, sino también en las ciudades y pueblos, donde comandos urbanos del M-26-7 bien organizados y compartimentados actuaban en las mismas narices del feroz enemigo.

Asimismo, los dirigentes en las ciudades, deseosos de un pronto cambio revolucionario trazaban planes armados de gran envergadura. De este modo, el 13 de marzo de 1957 el Directorio Revolucionario encabezado por José Antonio Echeverría protagonizó el Asalto al Palacio Presidencial para eliminar al tirano Fulgencio Batista y tomar la emisora Radio Reloj con el propósito de mantener informado al pueblo. En esta acción derramaron su sangre muchos jóvenes revolucionarios.

Más tarde, el 20 de abril, la policía invadió el refugio de miembros del Directorio, en la calle Humboldt, número 7 y masacraron a otros combatientes.

redentor. Además, apreciará el calibre humano y revolucionario de cada uno de los protagonistas y sobre todo la reserva de energía de los bayameses después de cada golpe mortal.

Nos sentimos con absoluta tranquilidad histórica de que los aspectos fundamentales de estas jornadas bravías tienen nueva luz, deviniendo páginas imperecederas en la formación de las nuevas generaciones.

Naturalmente, detrás de toda investigación hay siempre muchas personas a quienes agradecer sus oportunos datos, aclaraciones y precisiones.

A todos nuestro infinito agradecimiento.

Los autores.

CAPÍTULO I

CONCIENCIA CÍVICA BAYAMESA

Elio Guerra Guerra:

El asalto al Palacio Presidencial por el grupo del Directorio Revolucionario, dirigido por José Antonio Echeverría, el 13 de marzo de 1957, constituyó una extraordinaria página de heroísmo, donde la juventud cubana una vez más mostraba su decisión de lucha contra la afrenta del régimen batistiano.

Cuando la noticia fue conocida a través de la radio, los revolucionarios bayameses aunque no estábamos vinculados a esa acción, y al no tener ninguna orientación del Movimiento 26 de Julio al respecto, realizamos contactos con la directiva municipal, encabezada por Cristóbal Guilarte, *Bichín*, y algunos jefes de células, con vista a analizar la situación. Partíamos del hecho de que José Antonio Echeverría había realizado un llamado general a la rebelión. Conocíamos de sus convicciones revolucionarias, de su valor puesto a prueba muchas veces, y lo más significativo, contaba con un importante liderazgo entre el estudiantado. Había estado en distintos momentos en nuestra ciudad buscando la unión de todas las fuerzas que se oponían al régimen, en especial con los estudiantes de la Escuela de Comercio. Era justo que hiciéramos algo, que aquella semilla de rebeldía germinara. Pero en los contactos se puso de manifiesto que no había armas para enfrentar un enemigo tan poderoso. No obstante, un grupo bajo la guía de Orlando Lara Batista estableció una especie de puesto de mando en el garaje de José García, *Tinte*, en la calle Figueredo, del reparto Castro. Sin embargo, por la falta de armas tuvieron que disolverse. De la impotencia después Lara contó que se le salieron las lágrimas.

Más tarde en Humbolt 7, en La Habana, murieron en violenta lucha otros destacados miembros del Directorio Revolucionario.

Estos hechos repercutieron hondamente en Bayamo, pueblo de una gran tradición de luchas. Las fuerzas cívicas en coordinación con el M-26-7 tuvieron la iniciativa de celebrar una misa como recordación a los revolucionarios caídos en la capital.

En la Iglesia Mayor, el padre Leonardo de Segóñal no puso ningún inconveniente a la oración fúnebre. Para organizar la misma se designaron cuatro o cinco personas, entre ellas Ana Marina Rodríguez y Elvira Peneque. Fue celebrada el 20 de junio de 1957, la cual estuvo bastante concurrida. No hubo problemas con el gobierno local ni con los militares.

El cinismo del gobierno de Batista llegó al límite de organizar una nueva misa el domingo 23 de junio, o sea, tres días después, por el alma de todos los caídos, incluyendo militares y civiles.

Para estos momentos existían en Bayamo unas diez células del Movimiento, con alrededor de 90 miembros. Y en honor a la verdad, desde el asalto al Palacio Presidencial el deseo de lucha era mayor, pues demostró lo mucho que se podía hacer en las ciudades mientras Fidel Castro luchaba en la Sierra Maestra. Todo joven activo y de ideas liberales resultaba sospechoso al régimen y, por consiguiente, perseguido y una vez preso lo sometían a terribles torturas.

Por eso aquella oportunista y falsa misa molestó al pueblo. En un viaje que hice a Santiago de Cuba, como jefe de Acción y Sabotaje municipal, el inolvidable y valeroso Frank País García orientó hacer una demostración de fuerza contra el demagógico acto de los batistianos. Estas instrucciones fueron recibidas por los luchadores bayameses con mucho entusiasmo. El día señalado acudieron a la iglesia: Roberto Reyes, Alfredo Uset, Mario Alarcón, Willian Portuondo y Humberto Hechavarría Escobilla, entre otros muchos, así como Ana Marina Rodríguez, Pilar Cardó, *la China*, Julita Guevara, Juana y Ramona Vargas, Juana Corona y Amparo Carbonell, entre otras. Igualmente

asistieron el alcalde municipal Blas Elías y su esposa Digna Elías. Por la parte de los militares estaba el jefe de la Policía, capitán Meraz Chirino.

Julita Guevara Casate:

Para la misa del 20 de junio nos dividimos en dos grupos: uno para la Iglesia Mayor, con Ana Marina Rodríguez, Orlando Lara y Roberto Reyes, y otro para la Iglesia de San Juan Bosco. Entre los que fuimos a esta última estaban Vicente Quesada, Abigail González y Mario Alarcón.

Ana Marina Rodríguez Corona:

Frank País orientó sabotear la segunda misa pues constituía un "teatro" por parte del gobierno. Los muchachos acogieron con mucho entusiasmo la idea. Los más animosos eran Lara e Iván Leyva, pero con dolor tuvimos que decirles que no podían ir a la Iglesia. Conocíamos bien el carácter explosivo de ambos y estaban fichados por el régimen como peligrosos.

Enseguida movilicé a las muchachas de mi grupo y a personas mayores que simpatizaban con la causa. Por su parte, Iván garantizó un grupo de estudiantes de la Escuela de Comercio.

Esa mañana se llenó el templo. El padre Segóñal comenzó la misa pidiendo paz para las almas de los caídos y porque acabara aquella lucha fratricida.

En ese momento le hice una seña a la gente y comenzamos a cantar el Himno Nacional. Aquello provocó un gran jaleo, pues la policía entró en el templo. Cerca de mí un militar, forcejeaba con Orlinde Lara, hermana del entrañable Orlando, la que se defendía sin dejar de decir consignas revolucionarias. Un grupo acudimos en su defensa y el policía la soltó. Mario Alarcón sacó su revólver y quería tirarle al militar. Yo me di cuenta de las fatales consecuencias que aquello podía desatar y discutí acaloradamente con Mario, haciéndole ver que esa no era la mejor solución.

Julita Guevara Casate:

En medio de una fuerte tensión, tan pronto terminó la misa, comenzamos a cantar el Himno Nacional. Roberto me apretó la mano derecha y alzamos nuestras voces. Una especie de ola invadía el salón de la iglesia al tiempo que todo el mundo se ponía de pie. Para sorpresa de todos fuimos imitados por el alcalde Blas Elías, los militares y otros testaferros^{1*} del Gobierno.

Me embargaba una honda emoción, porque en aquel mismo sitio, en junio de 1868, la banda de música de Manuel Muñoz había tocado la marcha guerrera. Una vez terminado el canto, uno de los muchachos, Humberto Hechavarría, gritó: “¡Viva la Revolución!”. Los demás revolucionarios empezamos a gritar consignas: “¡Abajo la Dictadura!”, “¡Muera el Tirano!”. Era en verdad un momento de mucho fervor patriótico, porque prevaleció el sentimiento de llevar la Revolución adelante. La frase “¡Revolución!, ¡Revolución!”, ¡Viva Fidel!, eran repetidas.

La alcaldesa Digna salió enfurecida y gritando: “¡Me han traicionado, me han traicionado!”. No se por qué decía aquello, pues nosotros no habíamos hecho ningún compromiso con ella. Iba seguida de sus amigas y algunos oficiales.

Desde aquel momento la iglesia se convirtió en nuestra trinchera de combate. Roberto y yo nos acercamos a Ana Marina Rodríguez y el resto de los muchachos. La idea era organizar una manifestación y salir a las calles, pero al llegar a la puerta se escuchó un disparo. Los que iban al frente retrocedieron, algunos por el pasillo y otros saltando los grandes bancos de caoba.

Ana Marina y otros insistían en salir en grupos compactos, pero nuevamente los batistianos dispararon. Las personas mayores presionaban para buscar otra solución. Decían que nos iban a matar. William Portuondo contestó: “¡Qué nos maten, no importa, así habrá más mártires!”.

William Portuondo Báez:

Tan pronto se acabó de cantar el Himno Nacional, Mario Alarcón, con su singular coraje gritó: “¡Abajo la dictadura!”, y los muchachos le hicimos coro, seguidamente gritamos otras consignas revolucionarias.

El mismo Alarcón le manifestó al grupo que le quedaba más cerca que esa misa no era dedicada a los militares del régimen, que eran una partida de asesinos, sino a la memoria de los mártires del 30 de Noviembre y del 13 de Marzo, es decir, a Pepito Tey, Otto Parellada, Tony Alomá, José Antonio Echeverría, Fructuoso Rodríguez, José Machado, entre otros.

Un policía avanzó hacia Alarcón para pegarle con el bastón, entonces saqué mi revólver y le apunté a la cabeza diciéndole que se fuera o le pegaba un tiro. Enseguida se formó un gran tumulto y las compañeras buscaron protegernos. No disparé porque el policía se detuvo cuando vio nuestra resolución.

Julita Guevara Casate:

Muchos nos concentrarnos cerca del altar. Pude oír a la maestra Marcela Rebusillo que le decía a su esposo: “Mi amor, habrá víctimas, habrá muertos, pero también habrá mártires a quiénes recordar”.

El padre Segñal buscó refugio en su despacho, adonde nos encaminamos un grupo. Tras una ardua deliberación el padre aceptó salir a conversar con el militar que estaba al frente de los policías. Era tan complejo el momento que uno de los nuestros dijo al cura: “Padre, tenga cuidado que pueden dispararle”.

El padre salió agitando un pañuelo blanco, logrando entrevistarse con un teniente. Cuando estuvo de regreso al salón nos dijo que los jóvenes podían salir, pero uno a uno y acompañado de una persona mayor.

A pesar de que algunos de los muchachos habían logrado escapar por la recepción, que estaba al fondo de la Iglesia, todavía quedaba un buen grupo adentro.

* Todas las llamadas con numeración arábica están al final del libro (N. del E.)

La salida de la iglesia no fue nada fácil, pues la policía tenía tomado los alrededores, y a medida que íbamos saliendo, los uniformados daban a los jóvenes con una fusta o lo que tuvieran a mano, porque a Pilar Carbó, *la China*, la golpearon con una lata de leche, la que le hizo un chichón en la cabeza. Además, ofendían de palabras. A Carlos Cabrera, *Zoro*, le dieron con un bastón en el brazo. La maestra Aracelis Castro dio como seis viajes, e incluso perdió un tacón de sus zapatos.

Roberto Hechevarría Remón:

Yo era del grupo de Iván Leyva y nos citaron para la iglesia con el propósito de sabotear la misa espuria del gobierno. Acudí en compañía de mi hermano Mardonio, mi primo Humberto Hechevarría, los hermanos Manolito y José Yero, *Paché*.

Cantamos el himno con mucha emoción. La policía entró con las armas en las manos y dando plan de machete. Los primeros en saltar los bancos y salir fueron el comerciante Teodoro Gomar y el farmacéutico Domínguez. Entonces se formó el caos. Algunos subieron por las escaleras de la torre, otros cogieron para la sacristía y un grupo, por la izquierda, buscaron la salida a la calle José J. Palma. Recuerdo que Pedro Collejo, *Piquilí*, trató de salir por la puerta grande de la plaza recibiendo un fuerte planazo lo que le hizo entrar de nuevo.

El hijo del capitán Chirino disparó varias veces, incluso uno de los plomos rasgó el abdomen de la imagen de yeso de Cristo que estaba en el lateral izquierdo del Altar Mayor.

Debo aclarar que en esos momentos yo no oficiaba de monaguillo en la iglesia. Eso se ha escrito erróneamente. Para junio del 57 yo contaba con 23 años y era miembro del M-26-7. Después del jaleo salí por detrás, cogiendo junto a otros compañeros hacia el barrio La Cutara², y luego para la casa.

Teodoro Omar Rivero Tamayo:

En el corre corre cogí hacia la puerta grande, la que da a la Plaza del Himno. La Policía y la Guardia Rural maltrataban a

todo el mundo con los bastones y el plan de machete. Aquello se puso color de hormiga. En ese momento vi llegar a los bomberos, seguro con el propósito de echarle chorros de agua a la gente. Entonces atiné a coger para la barranca del río Bayamo.

Cuando pensamos que la cosa se había calmado un poco regresamos a la Plaza de la Revolución junto a Pedro Collejo. Pero aún había despliegues militares por lo que nos metimos en la cafetería El Capitolio. De allí salimos como a las 11 de la mañana y vimos un jeep militar frente al establecimiento. En eso el dueño, Manzanares, llamó al esbirro Mano Negra y le dijo: "Mira, esos dos estaban escondidos aquí".

En mala forma nos dijo que montáramos en el jeep y respondimos que no, que nosotros no habíamos hecho nada. El uniformado se puso furioso y sacó un revólver 45, lo rastrilló y nos ordenó: "¡Que monten les digo!". Viendo que la cuestión se ponía negra dije: "Seré montado".

Nos llevaron para el Vivac Municipal acusados de revoltosos. Nos metieron en una estrecha celda, donde ya estaban presos otros compañeros que habían asistido a la iglesia como Raúl Menéndez, *Puntilla*, Rolando Plá y Andrés Tamayo. En total sumábamos unos diez. Los familiares y amigos comenzaron las gestiones para sacarnos. El capitán Chirino autorizó la salida de Andrés, quien era pariente del coronel batistiano Díaz Tamayo, pero el joven bayamés dijo que tenían que dejarnos en libertad a todos o él no se iba. El alcalde Blas Elías intercedió por mí, pero tampoco quise salir sin los otros.

Al otro día, por la madrugada, nos llevaron para el Vivac de Santiago de Cuba y nos pusieron a disposición de los tribunales. Estando allí recibimos la visita de un joven santiaguero que llegó preguntando por la gente de Bayamo. Yo hablé con él y me dijo que venía de parte del movimiento, que él se encargaría de enviarnos comida los domingos. Y así fue. Entre nosotros comentábamos que eso debía ser por orientación de Frank País. Por cierto, estando en el Vivac conocimos del asesinato de su hermano Josué, lo que nos causó gran dolor, y a través del compañero que nos atendía le mandamos

nuestras condolencias y le reafirmamos nuestra inquebrantable decisión de lucha contra el régimen tiránico.

Al mes y medio nos celebraron el juicio. No pudieron probarnos nada, pues dijimos que aquella misa había sido convocada por el Gobierno y que allí estaban el alcalde Blas Elías y la representante Digna Elías. Regresamos a Bayamo como pudimos. Algunos a pesar de nuestra inocencia tuvimos que irnos de la ciudad, pues el capitán y Morejón nos perseguían.

José Luis Pacheco Báez:

Yo estuve dentro de la Iglesia cuando comenzaron a cantar el Himno Nacional. Estaba para la entrada y en eso llegaron como cinco policías dando palos y salimos un grupo. Llegaron otros militares, vi al hijo del jefe, uno alto, flaco, y otro grueso que era cabo. Los que estábamos afuera tiramos hasta piedras y uno le tiró un ladrillo al cabo.

Capítulo II

UN JULIO DIFERENTE

Eloína Guerra García:

Iba a cumplirse el cuarto aniversario del asalto a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes, en Santiago de Cuba y Bayamo, respectivamente, cuya memoria no podía perderse. Para mantener viva la llama de la rebeldía organizamos una serie de actividades. Recordé que dondequiera se vendían globos inflados con gas, era tradición colgarlos en ventanas y otros sitios de la casa, dándole más colorido. Me vino la idea de soltar el día 26 desde distintos puntos, grupos de globos inflados arrastrando banderitas del 26 de Julio. Se lo comuniqué a Bichín Guilarte y a Vicente Quesada, quienes estuvieron de acuerdo. Como medio de seguridad yo misma compré los globos y el sulfumán. Para inflarlos usamos una mezcla de ácido clorhídrico con zinc, el que probamos en el garaje de mi esposo. El zinc era nuevo y no logramos éxito. Entonces Orlando Lara, quien tenía experiencia en metales, al conocer del fracaso, me envió pedazos de zinc viejo, que sí sirvieron.

La hora para soltar los globos la fijamos a las nueve de la mañana del 26 de julio. En la víspera, ya con algunos globos inflados con la ayuda de José Escobar Alba, Cheo, y tomando algunas precauciones distribuimos los globos en cinco viviendas, la de Nena Selva, Flora Mirabal, Caridad Ledea, Manuel Cisneros y en mi propia casa. Cuatro de estas viviendas en la parte céntrica y la última en la avenida Milanés.

En la confección de las banderitas participaron Amparo Carbonell, Caridad Ledea, Cuchi Selva, y una joven empleada de Nena. Yo también había comprado el papel en colores para las banderitas. Por cierto, en la casa de Nena el latón estaba

en la acera con papeles de colores rojos, azules, negros y blancos. Un poco alarmada le dije que de esa manera se estaba denunciando. Entonces subimos el latón y en el patiecito le prendimos fuego a los papeles.

Este día desde mi casa solté algunos globos, los que cogieron hacia la zona del río. Después recorrí las cuatro casas. El chofer de alquiler Elio Castellanos, hombre de confianza del 26, me llevó. La última casa visitada fue la de Nena, donde estaban Caridad Ledea y otras compañeras. Los globos los soltaban desde el mismo patio, pero se enganchaban en una rejilla. Tuvimos que buscar una vara para separarlos.

Luego, con varios globos en el cielo, regresé a pie a mi casa. Veía como la gente miraba hacia arriba y cuchicheaban. Yo iba con una sombrilla de óvalos rojos y blancos, y de vez en cuando me detenía, alzaba la vista y disfrutaba el bello y patriótico espectáculo. Esta acción suscitó muchos comentarios.

Todo se llevó a cabo tan bien coordinado que nadie pudo ser detenido. Aunque los sicarios del régimen, impotentes ante el hecho, montaron en cólera y extremaron la vigilancia contra los sospechosos de pertenecer al 26.

Elvira Paneque:

El 26 de julio de 1957, estaban en mi casa Orlando Lara, Roberto Reyes, Víctor Sotomayor y otros combatientes. Conocíamos del plan de inflar globos ese día. Mi casa no estaba prevista para la acción, pero Lara era tan inquieto que quiso imitar a los demás. Compró globos para soltar una bandera del 26 un poco grande. Desde lo alto de un árbol, en el patio, se habían echado algunos globos, pero la bandera no se elevaba porque pesaba mucho. Entonces se compraron preservativos que eran más grandes y resistentes que los otros. Se inflaron con la boca por todos los presentes y al fin la bandera se elevó. ¡Qué alegría para todos! El pueblo disfrutó aquel maravilloso espectáculo.

José Escobar Alba, Cheo:

El día de los globos ayudé a Eloína Guerra en la tarea. Pochocho Martínez y yo inflamamos los que llevé para la casa de Flora Mirabal, en la calle Martí. Manolo Cisneros nos había orientado cómo inflarlos con facilidad y sin peligro utilizando un serpentín. Esa mañana pasamos un buen susto, porque a Pochocho se le ocurrió inflar un condón, le echó tanto gas que este explotó como una bomba. La vecindad se alarmó y pasados unos minutos llegaron a la cuadra las patrulleras, conocidas como las pegaditas. Pepe Díaz, el esposo de Flora, en ese momento fumaba un cigárrro y parece que se lo tragó del susto. Aquello le dio tanta risa a Pochocho que tuve que llamarle la atención antes de que Pepe se diera cuenta y se molestara.

La noche de las 21 bombas en Bayamo, Lara me asignó una para ponerla. Mario Alarcón vino a verme y me dijo: "Cheo, dame la bicicleta, que en ella yo llevo las dos bombas mías y la tuya". Le dije de entrada que no, pero él insistió y tuve que aceptar. Mi bicicleta fue fichada por el enemigo. Un colaborador nuestro me lo dijo, y de inmediato me fui a otro pueblo y la vendí en 40 pesos. René Pacheco, el de Baire, trajo a Bayamo los fulminantes de las bombas que se explotaron.

Cada una de sus actividades Lara las consultaba con Vicente Quesada. Yo mismo serví muchas veces de enlace entre ambos. Ellos apenas examinaban nada con Bichín como coordinador.

Amador Acosta Muñoz:

En los días inmediatos al 26 de julio llegó a Bayamo un emisario del comandante Ernesto Che Guevara para que Bichín se trasladara a las montañas de Minas de Bueycito. El emisario era Reynerio Osorio Guerra quien estaba a cargo de las células del Movimiento en San Pablo de Yao, Vega Grande y La Cristina. Para ese viaje Bichín me pidió que lo acompañara por ser el tesorero.

Guiados por Reynerio fuimos hasta Vega Grande en plena serranía. En el cafetal de Sergio Pérez el Che nos esperaba, es sabido que quería atacar con la columna No. 4 algún cuartel para seguir manteniendo el ambiente propicio de la insurrección total. Por eso nos esbozó la idea de atacar al filo de la noche el cuartel de Guisa. Nosotros planteamos algunas condiciones desfavorables en ese punto por lo que sería una acción peligrosa para la guerrilla. Enseguida nos inquirió: “¿Por qué?”. Hablamos de la carretera asfaltada que la unía con Bayamo la que facilitaba el movimiento de refuerzos y el cierre en pinzas que el enemigo podía hacer por el camino de El Corajo. El jefe rebelde pensó un poco y preguntó: “¿Qué ustedes creen de Bueycito?”. Luego de una amplia reflexión coincidimos en que contaba con mejores condiciones: en primer lugar por estar situado en las faldas de la Sierra Maestra y además porque si se conseguían camiones se podía retornar rápidamente a las montañas.

Para conseguir los carros le hablamos de Armando Olivé Álvarez, jefe del Movimiento en Minas de Bueycito, al que por cierto conocía muy bien el capitán rebelde Lalo Sardiñas. Asimismo se interesó por la cantidad de soldados en la zona, los tipos de armas, los accesos y los posibles contactos. Es decir, quería conocer todo lo relacionado con el objetivo.

En otra parte de la conversación solicitó a la jefatura clandestina de Bayamo el envío de avituallamientos, esencialmente medicinas, zapatos y recursos para armar un horno. También que auxiliáramos a varios compañeros que de seguro pasarían por Bayamo para subir a la Sierra.

El día 30 de ese mes ellos hicieron contacto con Armando Olivé, quien puso a su disposición algunos camiones. Dos días después se produjo el exitoso ataque al cuartel de Bueycito.

Las orientaciones del Che comenzaron a cumplirse. Los recursos se escondían en las casas de Conchita Lacalle, Lauro Pérez, Dioclecia Saborit, Evelio Yero y otros compañeros. De la tienda El Encanto, donde trabajaba, se sacó gran cantidad de mercancías.

Los envíos a la Sierra Maestra se hacían a través del mismo Reynerio Osorio, José Varona y Pancho Tamayo, un buen conocedor de las montañas. Además, por Bayamo pasaron a encontrarse con el Che los valiosos compañeros José Ramón Machado Ventura y Julio Camacho Aguilera.

Ese verano del 57 bajó a Bayamo la inolvidable Lidia Doce con una nota del Che en la que pedía entre otras cosas martillos, bigornia y puntillas para montar una zapatería en El Hombrito, la sede de su Comandancia.

Julita Guevara Casate:

Yo trabajaba en la tienda de Alfredo Chelala y a fines de julio, Enriqueta Plá me avisó que la policía vendría a buscarme y llevarme presa. Eso me alarmó mucho porque la misión se la habían dado a Cárdenas y Albérico, dos uniformados conocidos como abusadores. Cuando se lo comenté a Nancy quiso acompañarme hasta la casa. Yo me opuse pero ella me acompañó por toda la calle General García. No quería llegar porque de seguro ya me estaban esperando. Estuve a punto de esconderme en las tiendas La Creación y los Reyes Magos, sin embargo, no tenían salida por el fondo. Llegué a la tienda El Líder pero el dueño no estaba. Finalmente me dije: “Mejor me voy para la casa”. Pensé que mientras rompían la puerta, saltaría por la tapia del fondo.

Una vez en la casa le dije a mi mamá: “Si tocan, demórate en abrir”. Me fui para el traspatio y me senté al lado de la tapia. Poco después llegó Orlando Lara y me alertó: “Dice Chelala que te pierdas, que los esbirros te andan buscando”. Habló un rato y luego se marchó. No había doblado la esquina, cuando sentimos un estruendo en la puerta de la calle, la que se abrió de golpe. En el umbral aparecieron amenazadores Albérico, Cárdenas y Piquín Chiquitín, quienes le habían dado un puntapié a la puerta. Empezaron a registrar el cuarto de mis padres, regando por el suelo las cosas. Metían las manos

entre las ropas y miraban detrás de los armarios. Mi preocupación era una caja de balas que guardaba. Entré a mi cuarto y tuve tiempo de tirarla sobre la cama y echarle encima un juego de pañuelos de distintos colores.

Cuando los esbirros con su mala forma entraron a mi cuarto empecé a injuriarlos, diciéndoles que esa no era manera de tratar a una mujer, que yo no estaba metida en nada y que si tenían algo en contra mía me lo dijeran. Abrí el armario y comencé a tirar las prendas sobre la cama y el piso, cada vez con más violencia. Ellos se mantuvieron callados, mirando toda la habitación. Albérico comentó que yo tenía muchos pañuelos bonitos, con colores muy llamativos. Seguidamente trató de endulzarme con palabras amables, y que todo aquello acabaría si yo tenía relaciones más íntimas con él. Por supuesto lo rechacé con mala forma, la que se merecía aquel monstruo. Muy molesto me dijo que me daría unos cuantos balazos, así como a Roberto, si nos veía juntos. Dio media vuelta y con un graznido dijo a los otros: "¡Vámonos!".

Mi mamá cerró la puerta de la calle y enseguida vino a verme. Yo estaba nerviosa, pálida, pues la tensión era grande. De aquella me había salvado: la caja de balas estuvo en sus narices, sobre la cama y no la vieron.

CAPÍTULO III

LA HUELGA DE AGOSTO

Rubén Castillo Ramos:

La muerte de Frank País García, Jefe Nacional de Acción y Sabotaje del M-26-7, junto a su compañero Raúl Pujol, ocurrida en Santiago de Cuba el 30 de julio de 1957, generó una huelga espontánea en varios pueblos de la provincia de Oriente, entre ellos Bayamo, Manzanillo y Jiguaní. Este es uno de los hechos más trascendentales de la lucha de todo el pueblo contra el batistato.

La medida de la grandeza del héroe caído, sobre cuyo cadáver se levantaron las masas y creció la Revolución, la dio Fidel Castro cuando conoció la infausta noticia, en una histórica carta, en la cual señalaba:

[...] ¡Qué monstruos! No saben la inteligencia, el carácter, la integridad que han asesinado. No sospecha el pueblo de Cuba, quién era Frank País, lo que había en él de grande y prometedor.

Duele verlo así, ultimado en plena madurez, a pesar de sus 23 años cuando estaba dándole a la Revolución lo mejor de sí mismo [...].³

En Santiago de Cuba durante el multitudinario y combativo entierro de Frank, el día 31, se escucharon los primeros gritos de ¡Huelga!, la cual se generalizó rápidamente en Oriente, solidarizándose también algunos centros de trabajo de otros lugares del país, como La Habana. Bayamo sería la única ciudad de Cuba que mantendría la huelga a sangre y fuego durante ocho días —seguida de Manzanillo con siete—, haciendo

frente a una feroz represión y a poderosas fuerzas militares que incluyeron hasta tropas del Regimiento de Holguín, bajo el mando del sanguinario coronel Fermín Cowley Gallegos, que luego sería ajusticiado por un comando revolucionario, pagando así sus horribles crímenes.

La huelga coincidió con el ataque al cuartel de Bueycito, en la madrugada del 1ro de agosto, por las fuerzas del comandante rebelde Ernesto Che Guevara. La fortaleza fue tomada tras breve combate y quemada. Cuando los refuerzos enemigos acudieron, ya los barbudos se habían internado en las montañas.

Estos hechos, unidos al asalto del cuartel de Estrada Palma⁴ cinco días antes por las tropas del capitán Guillermo García, colocaron a la tiranía en una situación crítica, viéndose precisado el dictador Batista a suspender las garantías constitucionales y restablecer la más rígida censura de prensa.

Bajo estas circunstancias tan graves se inició la huelga en Bayamo, a las 11 y 20 de la mañana del 1ro de agosto. Y así, sin claudicaciones, con el Ejército y la Policía maltratando y matando en las calles, destrozando puertas y vidrieras de los comercios, se mantuvo durante ocho terribles y angustiosos días, donde se puso a prueba el espíritu combativo de los bayameses y la capacidad de liderazgo de muchos de sus hijos.

Es conveniente señalar que, aunque la huelga se generó por la acción espontánea del pueblo y no había armas, condiciones ni planes para hacer frente a una situación tan excepcional, la misma contó con la dirección del Movimiento, a la cabeza de otras organizaciones antibatistianas: ortodoxos y auténticos, y de los sindicatos obreros y sus respectivas secciones del M-26-7.

Esto fue determinante en la prolongación de la huelga en Bayamo, cuando ya había sido aplastada en el resto del país; como igualmente lo fue la actuación heroica del pueblo, en primer lugar, y de combatientes como Vicente Quesada y Orlando Lara más el funcionamiento de una planta de radio clandestina que días antes venía trasmitiendo desde Bayamo, simulando

que lo hacía desde la Sierra Maestra. Dicha planta estaba bajo el control del Movimiento y la dirección del Jefe de Propaganda Municipal, el locutor Julián Ercilio Navarro Cuello, quien venía realizando a través de aquella una magnífica labor informativa y de orientación, con la colaboración de las restantes organizaciones revolucionarias y gentes del pueblo, lo que permitió mantener en alto el ánimo, la moral y el espíritu de combate.

Vicente Quesada, aunque no formaba parte de la dirección municipal del M-26-7, era uno de los más activos miembros de esta organización, entre cuya militancia gozaba del más sólido prestigio, respeto y admiración, igual que en el seno de las otras organizaciones revolucionarias. Hombre de acción, se destacaba como el dirigente indiscutible de la parte más activa del Movimiento, a la vez que mantenía contactos con el comandante Che Guevara.

Orlando Lara, quien después abriría el primer frente del llano, en la zona de Cauto del Paso, no daba tregua a los esbirros de la tiranía con las audaces acciones de sus muchachos, y con su actuación durante la huelga daría a esta un singular colorido, protagonizando episodios verdaderamente heroicos.

Cuando en Bayamo se produce la huelga venían trabajando de manera coordinada dentro del movimiento obrero, frente a las bandas mujalistas⁵, destacados dirigentes sindicales y revolucionarios como Manuel de la Concha Sánchez, secretario general del Sindicato de los Torcedores y jefe de la Sección Obrera del M-26-7; Manuel Frutos Mendoza, secretario general del Sindicato de Trabajadores de la Hacienda y militante del Partido Socialista Popular (PSP); Esteban Plá Genis, presidente de la Asociación de Choferes y militante de la Triple A⁶; y Rigoberto Guevara, secretario general del Sindicato de Trabajadores de la Nestle.

El 1ro de agosto estos compañeros estaban a la expectativa, pues sabían que algo iba a ocurrir. Sobre las 8 y 20 de la mañana, estando en la fábrica de mosaicos de su familia, Esteban Plá escuchó por la emisora CMKC de Santiago de Cuba la consigna de huelga general. Inmediatamente creó

condiciones para actuar, nucleando a varios compañeros. En el acto contó con el apoyo de Manuel de la Concha, marchando los dos a la Asociación de Choferes, frente a la Plaza de la Revolución, desde donde lanzaron la orden de huelga a los trabajadores. En el auto de Ángel Roger fueron a la fábrica de leche condensada, Nestle, y se entrevistaron con Rigoberto Guevara, procediendo a paralizar todas las actividades de esta importante industria. Ya la huelga, en forma organizada, partiendo de la base obrera, la fundamental, estaba en marcha en Bayamo.

De regreso al centro de la ciudad, Plá y Concha hicieron contacto con Manuel Frutos, que en bicicleta los andaba buscando. Una vez conocido los detalles de la huelga desencadenada, Frutos fue para la fábrica de mantequilla y queso La Hacienda, donde los obreros pararon la actividad fabril.

A las 3 de la tarde los dirigentes obreros se reunieron con Vicente Quesada en su casa, en un callejón de La Cutara. De este encuentro nació un comité de huelga provisional del sector obrero formado por Plá, Concha, Frutos y Guevara. A sus miembros Vicente les expresó: "Ustedes van a pararlo todo y que nada se mueva; yo me encargaré de las acciones".

En esta peligrosa actividad Vicente se apoyó principalmente en Orlando Lara y sus muchachos, que estaban acuartelados en una casa de la calle conocida por Gasolina, cuyos vecinos eran tan explosivos, como el nombre de la zona.

Para armar a parte de su gente, Vicente Quesada envió a Holguín a uno de sus más cercanos colaboradores y hombre de su absoluta confianza, el compañero José Carbonell Alard, quien trajo un paquete con algunas armas.

Julián Ercilio Navarro Cuello:

Conozco de la muerte de Frank País estando en la casa de Conchita Lacalle y su esposo Leco Hechavarría, en la calle Martí, No.62. Este era un punto de contacto de cuantos combatientes enviaba Frank a Bayamo. Allí estaba en esos momentos José Calá Benavides, que en funciones de Delegado

del M-26-7 provincial había llegado para resolver las discrepancias existentes entre la dirección del Movimiento municipal y algunos de sus miembros, motivadas por la falta de coordinación entre los grupos revolucionarios y el freno a muchas actividades por parte de los dirigentes municipales.

El compañero Calá le había dado lectura a la carta de Frank País, que usaba el nombre de guerra David, dirigida a Fidel Castro en la Sierra Maestra, en la cual le informaba pormenorizadamente acerca de las actividades desarrolladas por los comandos clandestinos en Oriente, así como del crecimiento cualitativo y cuantitativo del Movimiento, a pesar de las limitaciones en armas y dinero. También había leído la poesía, mimeografiada, dedicada por Frank a su hermano Josué, caído un mes atrás. En esos instantes es cuando llegó la nefasta noticia del asesinato de Frank en el Callejón del Muro. Tanto a Pepe Calá como a mí se nos salieron las lágrimas, y comentamos que todo aquel que hubiera conocido a Frank: su carácter, su temple, su humanismo, seguramente le pasaría lo mismo.

En estas circunstancias se orientó que todos los miembros de la Dirección del Movimiento en Bayamo nos mantuviéramos semiacuartelados en el Sindicato de los Trabajadores Eléctricos, en la calle Zenea, hasta recibir órdenes superiores.

Tanto en el ambiente de las calles como en el rostro de los bayameses se percibía algo raro. El día 31, por la mañana, la agitación popular había crecido, aumentaron los rumores de que los obreros estaban cerrando las fábricas. Realmente todo indicaba que iba a suceder algo grande espontáneamente. Esta situación se reflejaba entre los dirigentes y combatientes revolucionarios. Por ejemplo, Vicente Quesada, se movía inquieto de un sitio a otro, planteando que había que realizar una acción en protesta por el vil asesinato de Frank País. De igual manera se manifestaban Lara y sus muchachos.

Por su parte, Manuel de la Concha, como jefe de la Sección Obrera del Movimiento, se reunía con dirigentes de los diferentes sindicatos.

Después del entierro multitudinario del gigante muerto, en el que el pueblo santiaguero lanzó la consigna de huelga, a Bayamo llegó ese espíritu de rebeldía provocando entre sus pobladores unas ansias tremendas de lucha. De esta manera la tierra de tantos titanes por la libertad se unió sin ningún temor, desafiando las bayonetas, al paro general. La consigna fue que todos los establecimientos comerciales amanecieran cerrados el 1ro de agosto. En esto tuvo mucho que ver la actitud decidida de Vicente Quesada y Orlando Lara.

Al consultar con José Calá sobre la carencia de armamentos que teníamos para apoyar la huelga me dijo que dejáramos al pueblo actuar: el mismo movimiento espontáneo de protesta diría lo que íbamos a hacer.

Durante la huelga Lara y muchos de sus hombres pasaron a la vida clandestina. De la emisora CMKX, donde trabajaba como locutor, me dirigí a la casa de Vicente Quesada, la que se había convertido en cuartel general de los muchachos en acción. Después Lara en su motocicleta me trasladó para una casa del reparto Castro⁷, donde me ocupé de mantenerme al día de todos los hechos que acontecían en la ciudad.

Bayamo siguió en huelga durante muchos días, con todos los comercios cerrados, el transporte paralizado, con un aspecto de ciudad muerta.

Eloína Guerra García:

El día 1ro de agosto Vicente Quesada me ordenó ir a casa de Bichín Guilarte para que nos instruyera respecto a las acciones de apoyo a la huelga comenzada en Santiago de Cuba. El coordinador me dijo que no tenía orientaciones acerca de la huelga y que además ese mismo día se marcharía para Mayarí.

Cuando le conté todo a Vicente se molestó mucho y dijo que Bichín lo que estaba era acobardado.

José Carbonell Alard:

Cuando llegó la noticia de la huelga en Santiago de Cuba Vicente Quesada y yo fuimos a ver a Bichín Guilarte, Coordi-

nador del Movimiento, que vivía en la calle Máximo Gómez. Vicente le dijo lo de la huelga y le habló sobre la importancia de solidarizarnos con nuestros hermanos de lucha. Bichín respondió: "No, yo no he recibido órdenes al respecto, y mientras no las tenga no debemos hacer nada". Sin titubear Vicente le dijo: "Bueno, entonces nosotros la organizaremos".

Rápidamente se hicieron contactos con varios sindicatos como el de la Nestle, La Hacienda, los tabacaleros, los bancarios y el comercio. En estas tareas participaban Manuel de la Concha, Manuel Frutos, Esteban Plá, el dentista Humberto Moya y el abogado José Aguilar.

Por coincidencia, horas antes Vicente Quesada me había enviado a Holguín a buscar unas armas. Nos fuimos en la máquina de alquiler de René Castellanos, un hombre de confianza. Debíamos recogerlas en el motel Oasis, muy bonito, a la entrada de la ciudad de Holguín. El contacto nos dijo que las armas no estaban allí, sino que había que ir a buscar en la salida para Gibara, y se montó con nosotros.

El armamento consistía en un M-1 con mirilla, dos Springfield y tres pistolas, entre ellas una Lutger.

Cuando regresé a Bayamo, dejé la M-1 en el bar del Indio Vázquez, ubicado en la calle Figueredo. Las pistolas se las entregué a Vicente. Luego este me encargó que fuera a buscar a Elio Guerra, quien era el jefe de Acción y Sabotaje en Bayamo. No lo encontré en los altos de la casa frente a los Buenos Precios donde acostumbraba a ir. Me enteré que Esteban Plá estaba escondido allí porque el guardia Capote lo andaba buscando. Tampoco lo encontré en su casa ni en la fábrica de refrescos Materva, donde trabajaba. Me dijeron que seguramente podía encontrarlo frente a la Nestle. Antes de ir allá, me desvié hacia la calle Figueredo para recoger el M-1. En el trayecto me encontré con Amadeo Guerra, quien estaba comprometido con la causa. Cuando íbamos bajando por Los Elevados⁸, frente al prostíbulo de Reina, vimos a los esbirros Capote, Roberto Ríos, *Campeón*, y a Gregorio Sánchez, *Mano Negra*. Uno de ellos gritó: "Mira, ahí va Amadeo". Nos pararon.

Rápidamente nos registraron la máquina. No encontraron nada, no obstante, me llevaron preso para el cuartel. Tres días después me soltaron por falta de pruebas.

Vinculado a nosotros trabajaba en estos días René Pacheco, un compañero muy activo de Baire, quien trajo una dinamita.

Julita Guevara Casate:

El dolor por el asesinato de Frank País fue muy grande, haciendo llorar a muchos. Roberto Reyes vino a verme en horas de la tarde y con remordimiento me dijo: "Hay que hacer algo, este crimen no puede quedar impune". Todos pensábamos igual.

Por la noche Lara reunió a sus muchachos con vista a realizar acciones violentas. Entre las mujeres acordamos vestirnos de negro y organizar una manifestación. Pero la represión lo impidió. No obstante, algunas salimos a visitar nuestras amistades vestidas de luto.

Rubén Castillo Ramos:

Incontables fueron los comercios destrozados por las fuerzas represivas, los sabotajes, los petardazos y los hechos de acción que se produjeron durante la huelga; todo a sangre y fuego, con un pueblo dispuesto a luchar hasta la muerte.

Los vejámenes a la población estuvieron al orden del día. El viernes 2 de agosto los esbirros se ensañaron con los comercios cerrados, cuyos dueños se escondieron por orden del Movimiento. Este fue un día terrible porque la destrucción de los comercios comenzó por la farmacia de la doctora María del Carmen Gomar. Unos soldados del Ejército pusieron una ametralladora frente a dicha farmacia y la barrieron con prolongadas ráfagas, dando así la medida de la monstruosa represión desatada contra el pueblo.

Este mismo día la profesora Marcela Rebutillo vivió un momento bastante tenso cuando destruyeron la mueblería de su esposo Armando Pérez, y se sentó frente al inmueble para

evitar cualquier saqueo. Uno de los soldados del coronel Cowley —que se diferenciaban de los otros por usar unos pañuelos rojos en el cuello— la increpó en forma descompuesta y a punta de ametralladora la obligó a barrer la calle y recoger la cristalería rota.

Al propio tiempo, el 2 de agosto se derramó la primera sangre bayamesa en la huelga, la del joven panadero José Chávez Reyes. Fue ultimado a balazos por el Ejército en horas de la mañana.

Leopoldo Chávez Reyes:

La huelga comenzada en Santiago de Cuba se extendió a Bayamo. De inmediato los panaderos, al llamado del M-26-7, organizamos "piquetes" para cerrar las panaderías. Una de las primeras fue la de Pozo, en el camino de Jabaco, donde trabajaba con mi hermano José Chávez, *Che*.

El día 2 de agosto, mi hermano, después de realizar algunos cierres, vigilaba cerca de la panadería de Pozo. Al parecer una mujer avisó a la patrulla motorizada de que *Che* Chávez había intentado cerrar una bodega cerca de su casa, dándole la seña incluso hasta de la ropa que vestía. La patrulla lo buscaba por las calles del reparto Los Indios, y al reconocerlo le dieron el alto. *Che* andaba sólo y desarmado, y lo que hizo fue tratar de escapar por uno de los callejones. Los militares aceleraron el motor y cuando lo alcanzaron, en la esquina, le dieron un tiro por la espalda y una vez en el suelo lo remataron con uno en la frente.

Yo sentí los disparos y salí a la calle. Alguien alarmado me dijo: "Corre, que los guardias mataron a *Che*". Cuando llegué al lugar del crimen, ya lo habían montado en un jeep y llevado para el hospital General Milanés.

Hablé con el capitán Chirino, el jefe de la Policía, para que me autorizaran el traslado del cadáver a la casa. Previa consulta con el doctor Pimienta, quien estaba de guardia, yo debía traer de nuevo el cuerpo a las cuatro de la tarde para la autopsia correspondiente.

El velorio fue bastante concurrido. Una vez que Pimienta le hizo la autopsia, se continuó velándolo. La organización del entierro, al día siguiente, estuvo a cargo de los Bazán del reparto Manopla. La marcha hacia el cementerio fue en dos largas filas. Al pasar por el puente sobre el río Bayamo había varios militares, sin embargo, no molestaron el cortejo fúnebre.

Cuando bajaron el ataúd para enterrarlo, uno de los presentes dijo indignado: "El que esté de acuerdo en matar a 25 casquitos por este revolucionario, que con sus manos lance tierra sobre la caja, que se lleva tan preciada vida". Y cientos de manos cogieron el barro todavía húmedo y lo lanzaron al hueco.

En el puente un primer grupo de personas acompañantes fue maltratado por los militares quienes disparaban sus armas al aire. Los que veníamos detrás también fuimos maltratados. Unos se lanzaron al río y otros cogieron hacia el cementerio y Jabaquito. Yo salí corriendo porque vi un militar negro que puso rodilla en tierra y me apuntaba con un fusil. Lo que hice fue tirarme para la cuneta al tiempo que sonó el disparo. Por eso la gente después comentaba que habían matado a Polo, el hermano de Che Chávez.

Mi hermano sólo contaba con 23 años de edad cuando fue asesinado tan cobardemente. Era natural de Manzanillo, y dentro del M-26-7 había cumplido algunas tareas. Su ejemplo, su amor al pueblo y su valor fue lo más hermoso que nos dejó. Una vez que Lara abrió el frente de lucha en el Cauto, yo me uní a la guerrilla.

Eliodoro Lemes Guerra:

Una de las tiendas que cerró Mardonio Hechavarría durante la huelga fue la de Eduardo Yero por Los Elevados, y después en unión de Lorenzo Véliz por la noche tiraron un cóctel molotov al almacén del ferrocarril. No cogió fuego porque la botella inflamatoria se estrelló contra la pared de concreto y no contra la puerta de madera.

Los guardajurados lo alumbraron con las linternas y Mardonio les tiró con su revólver 38. Aquello al instante se llenó de guardias.

En ese momento Véliz vino para mi casa. Me pidió que le consiguiera un pantalón para irse y no levantar sospechas. Le di uno de caqui, que me devolvió al otro día.

Ellos siguieron desarrollando acciones, entre ellas regando alcayatas y tirando cadenas al tendido eléctrico.

Julita Guevara Casate:

Lara, Roberto Reyes y los demás muchachos durante la huelga tenían el campamento en la casa de Elvira Paneque y de la mamá de Caridad Ledea. De allí salían a cerrar los comercios, conjuntamente con Pochocho Martínez, Víctor Sotomayor; Juana Vargas, Ana Marina, Lucero Rodríguez y Caridad Ledea, entre otros. Algunas mujeres salíamos con los muchachos con balas en la doble falda por si llegaba el caso de usarlas.

Detrás de nosotros llegaban los militares con la misión de mantener los comercios abiertos. Este fue un duelo entre ellos y nosotros durante varios días: el Movimiento cerrando y la jauría batistiana abriendo. Varios comercios fueron destruidos por los militares, incluso, tirando muchos de sus artículos para la calle. Los vecinos, una vez que se marchaban los uniformados, volvían a colocarlos dentro.

Lara, un hombre de mucho temple, decidió que no solamente se iban a cerrar los comercios, sino que se atacarían las patrullas. El 2 de agosto salieron juntos Lara, Roberto Reyes, Pochocho, Víctor Sotomayor, Felipe González y Juana Vargas. En el callejón El Laberinto⁹ los sorprendió un carro patrullero, y tuvieron que fajarse a tiros con el enemigo. Ante la indecisión de los militares de perseguirlos, pudieron escapar. Poco después llegaron gran cantidad de soldados al lugar.

Los revolucionarios saltaron tapias cogiendo para distintos puntos. Felipe se torció un tobillo y esa tarde el compañero Pinito lo trasladó en una motocicleta a la casa de los Parra. El tobillo se le puso feo, y entonces lo sacaron para Canabacoa, cerca del Central Estrada Palma.

Lara se dirigió a la casa de Chela Sánchez, donde le prestaron otra camisa y salió tranquilamente burlando el cerco militar de la zona. Fue a encontrarse con Vicente Quesada, y horas después buscó un nuevo refugio.

Gustavo Céspedes Pí:

En Julia se recibió la orden de la huelga el 2 de agosto. Enseguida la célula nuestra del M-26-7, más las de Mabay y Pompita, apoyados por la guerrilla de La Aguda, bajo el mando de Gilberto López, *Raúl*, resolvimos entrar en acción. Primeramente se cerró todo el comercio, se destruyó el chucho de línea y la población salió a las calles en apoyo a la lucha.

El día anterior el comandante Ernesto Guevara había atacado el cuartel de Bueycito, y como la dotación del cuartelito de Mabay era la más cercana, la enviaron de refuerzo. Por eso esta zona, en estos primeros momentos, no tenía guardias. Sólo quedó en el cuartelito un civil, viejo, que cuidaba la caballeriza.

De modo que planificamos un sabotaje al Fiat que viajaba de La Habana a Manzanillo. El plan era que subiéramos cuatro compañeros al trencito de lujo, detenerlo y darle candela. Pero al regresar de Manzanillo solamente me pude subir yo. Noté que en este venían varios militares con sus armas largas, por eso no hice nada, y me bajé en Mabay.

Ese mismo día en una reunión en la que participaron Gilberto López, Antonio Lotty Osorio, Héctor Figueredo Jiménez, Carlos Machado Torres, Arquímedes Suárez, *Quimo*, Manuel Rodríguez Estrada, *Nene*, William Tornés Boffil, José Ramírez Durán y otros, se acordó sabotear el gascar que pasaba de Manzanillo para Bayamo y después prenderle fuego a la estación de Mabay. Igualmente, cortar los cables telegráficos y quemar los puentes

de Caña Brava y Mabay Seco. A los compañeros de Julia tocaría destruir los puentes del poblado y el de Bagá.

Destruimos el chucho y esperamos que llegara el coche ferroviario, que por estar abierto, obligatoriamente tenía que parar frente a la estación. Así mismo sucedió. De inmediato lo abordamos, bajamos a los pocos pasajeros y prendimos fuego al coche. En esta acción participaron entre otros: Gilberto López, Guillermo Tornés, Boffil, Fidel Vargas, Ernesto Quirch, *Tanito*, Agustín Díaz, *Cuco*, Edicto y Víctor Vega La O, así como gentes del pueblo. Incluso Víctor Vega tomó fotos de la quema del coche.

Quisimos también quemar el cuartel, pero Gustavo Bohorque, el administrador del central Mabay, dijo que eso sería una locura, pues traería una gran represalia contra la población. Lo que hicimos fue bajar la bandera del 4 de Septiembre, emblema del Ejército de Batista, y en su lugar izar la rojinegra del 26 de Julio. Este hecho lo realizaron Francisco Estrada y Edicto Vega.

La quema del puente de Julia estuvo a cargo de Gilberto López, Héctor Figueredo, Dominador Elías, *Mino*, Juan Cedeño y Juan de la Cruz Acosta, entre otros. El pueblo se unió masivamente a esta acción. En tanto, el puente de Bagá lo quemaron Dominador Elías y otros.

Las noticias que recibíamos de Bayamo eran constantes, llenas de mucha efervescencia revolucionaria.

Rubén Castillo Ramos:

En Bayamo la situación se hizo tan crítica que hubo discrepancias entre los militares. En mis indagaciones periodísticas supe que en el Juzgado de Instrucción el coronel Fermín Cowley increpó al capitán Campos Portigo, el jefe del Escuadrón 13 de la Guardia Rural, a quien dijo: "Capitán, no sé cómo usted mantiene esto aquí. Yo en Holguín acabé enseguida con el alboroto". El oficial le respondió: "Coronel, Holguín no es Bayamo. Este es un pueblo muy rebelde".

Luego en una conferencia de jefes militares Cowley volvió a poner sobre el tapete el asunto de la represión en los términos siguientes: "Matemos diez o veinte comerciantes y verán como la huelga se acaba enseguida". Parece que Cowley quería escenificar en Bayamo una nueva Pascua Sangrienta¹⁰, semejante a la llevada a cabo en Holguín a fines de 1956. El comandante Joaquín Casillas Lumpuy le salió al paso diciéndole: "Yo aseguro que si hacen eso tendrán que matar a todo el pueblo. Yo conozco bien a esta gente. Si se les atropella, pelea. ¡Hasta a la ciudad le pegan fuego otra vez!".

En esa forma hasta los enemigos apreciaban el espíritu combativo de los bayameses, que no se detenían ante nada ni nadie.

En tanto, los comerciantes vivían el drama del gato y el ratón, es decir, los revolucionarios cerraban y los militares abrían de nuevo. En estas condiciones pasaban los días.

Gustavo Céspedes Pí:

El 3 de agosto llegó una patrulla a Mabay con la misión de colgar de los árboles a los revolucionarios. Ante la falta de armas, lo que hicimos fue ocultarnos.

Al día siguiente pusieron presos a Edicto Vega y a Higinio Heredia. En aquel ambiente tan cruel, todo el mundo pensó que les iba a pasar lo peor. Para lograr sacarlos muchos vecinos se armaron de palos y piedras y marcharon en masa compacta hacia el cuartel. A la cabeza iban Ramón Estrada Castell, *Chile*, y Víctor Vega La O. Las mujeres fueron las primeras en pedir marchar a la vanguardia.

Una vez en el cuartel comenzaron a exigir la libertad de los detenidos. Por la presión popular el sargento Ortiz se vio obligado a dejarlos libres. Edicto y Chile Estrada fueron paseados en hombros por las calles. El pueblo unido demostró un poder extraordinario.

Roberto Hechevarría Remón:

El sábado 3 de agosto estábamos un grupo en la casa de Dulce Ledea bajo el mando de Lara. Allí llegó Antonio Verdecia,

Nico, y le dijo a Lara que él tenía unas armas en el poblado de Veguitas y que podíamos usarlas para hacer una acción de envergadura. A nuestro jefe le entusiasmó la idea al igual que a Paché Yero, Iván Leyva Walter Vives y Frank Quesada.

Sobre las nueve de la mañana, Juanita Vargas nos llevó unos pasteles de carne. Lara dispuso que saliéramos guiados por una compañera rumbo a la vega del río Bayamo y nos encontraríamos frente a la fábrica La Hacienda. El grupo de los que cruzamos el río sumaba una docena. Luego cogimos por un trillo de la margen izquierda hasta la carretera de Manzanillo. El plan era coger un camión, pero el tránsito era nulo. Estuvimos allí como una hora. No pasó nada y regresamos a la ciudad.

Entonces Lara me dio la misión de buscar un revólver calibre 38 que tenía Luis Tablada, *Luisín*. Lo localicé en el bar de Arístides Martínez, en la avenida Fernández de Castro. Me dijo que fuera a buscarlo al otro día y así lo hice. "Ahora los guardias se la verán conmigo", dijo Lara cuando le entregué el arma.

Rubén Castillo Ramos:

Las acciones de Lara y sus muchachos no se detenían. El domingo 4 de agosto, Lara y Pochocho estaban cerrando la tienda La Mazorca, y en ese momento llegó una pareja de soldados. Tuvieron que fajarse a tiros. Los revolucionarios hirieron al casquito Tomás Miguel Álvarez, del Regimiento 4 de Septiembre. En el intercambio de disparos también resultó herido el niño Diosdado Pita.

José Luis Pacheco Báez:

Cuando Lara y Pochocho tuvieron el tiroteo en la tienda La Mazorca, yo estaba en la calle Milanés, esquina Zenea, a una cuadra, cerrando la bodega de Roberto, *El Chino*, quien me dijo: "Yo no voy a cerrar na. No entiendo. Vienen unos y me dicen que cierre, y otros que abra". Yo salí de allí con dirección a la avenida de Castro, y vi que venían una pareja de casquitos y llegaron a una tiendecita cerrada que estaba frente a la del

Chino y empezaron a darle con la culata de los fusiles. De repente sonaron los tiros de Lara y Pochocho y los guardias bajaron por Milanés para la calle Línea.

Los vecinos salieron a ver qué pasaba y yo les dije que eran gentes armadas fajados con los guardias.

Julita Guevara Casate:

El 4 de agosto, a Roberto Reyes y a mí nos asignaron las bodegas Almirante, La Onza y el Escudo Cubano, que estaban cerca de mi casa. Los soldados que patrullaban las calles con el coronel Cowley eran de Holguín y tenían fama de asesinos. Los identificamos por los pañuelos rojos amarrados en el cuello.

Nosotros obligamos a cerrar las tres bodegas y poco después los militares ordenaron abrirlas. Aún así, La Onza quedó abierta pero nadie se atrevía a ir a comprar. El dueño, Gelasio Aguilar, desde el primer día de la huelga estaba escondido, pero en esta se encontraba un hermano suyo. Llegaron los militares preguntando por Gelasio, y como no estaba destruyeron todos los anaqueles y regaron la mercancía por la calle.

Ana Marina Rodríguez:

La huelga por la muerte de Frank movilizó a todo el mundo en Bayamo. Vicente Quesada, Lara, Pochocho e Iván Leyva, entre otros, tuvieron una participación activa. Los comercios y muchas industrias se cerraron. Lara planteó hacer acciones violentas y hubo un tiroteo cuando estaban cerrando la tienda La Mazorca. Por esta acción a Iván lo delataron y tuvo que pasar a la clandestinidad.

Iván tuvo que esconderse en la finca de los Alonso Catá en el barrio de Santa María, al norte de Bayamo. A raíz de esto se corrió el comentario de que había abandonado el país rumbo a Santo Domingo.

Héctor Rolando Chacón Torres, Gallego:

El 4 de agosto estaba en mi casa, en la avenida de Castro, el joven Félix Oscar Mateo López moliendo un café. A eso de

las 3 de la tarde salió un momento a la tienda El Estero, que estaba cerca, a comprar un jabón.

La tienda tenía sólo una hoja abierta, y cuando iba a entrar, frenó un jeep del Ejército, y los militares sin más allá ni más acá le cayeron a tiros. Los esbirros dijeron que estaba intentando cerrar la tienda y que el muchacho era comunista. Los vecinos lo llevaron para el hospital General Milanés, y después se veló en la casa de Milagros Cera, con la que él mantenía relaciones íntimas. Fue un velorio con muy poca gente; solamente estuvimos Milagros, Francisco Ferreiro y mis hermanos Orlando y Miguel Ángel. Cada cierto tiempo, un jeep militar se paseaba por el área.

Aracelis Durán Hechavarría:

Fue un crimen horrible. El muchacho estaba en casa de Santiago Lorente y salió a buscar un jabón a la tienda. Era blanco y con el pelo rubio. En eso llegó un jeep cargado de militares. Sin detenerlo ni interrogarlo, le cayeron a tiros.

Cuando algunos vecinos llegamos estaba tirado en medio de un charco de sangre. Le dieron por lo menos como diez balazos.

El viejo Roblejo, un veterano de la Independencia que vio el crimen gritó: "¡Asesinos! ¡Asesinos!". El pueblo estaba cansado de tantos abusos.

Francisco Ferreiro de la Torriente:

A Félix Oscar Mateo lo conocí en abril de 1955, cuando vino huyendo de Guantánamo, pues dijo públicamente que Batista era un asesino y un ladrón. Era un joven de unos 23 años, blanco, con el pelo rubio, por lo que muchos le decíamos El Rubio. A Milagros Cera Fuentes le cayó muy bien por su elegancia y su carácter serio y atento.

Ella tenía el bar El Romance, en el reparto Ojeda, en una casa alquilada a César Surós. El negocio era bastante concurrido, incluso por los militares. Milagros era natural de Holguín y vendía bonos, el importe se lo enviaba a su coterránea

Lidia Doce. No dudo que Félix Oscar sirviera muchas veces de intermediario.

Unos meses antes viajó a La Habana. No conozco los motivos. Regresó el 3 de agosto en la mañana. Al día siguiente cuando entraba a la tienda El Estero, propiedad de Ulises Reina, de un jeep militar se bajaron Mano Negra y De la Rosa y le cayeron a tiros. Una bala le penetró por la sien y las otras por varias partes del cuerpo.

En el bar avisó la doctora en farmacia, María del Carmen Ojeda. Cuando llegamos frente a El Estero estaba en medio de un charco de sangre y lo amortajamos con una sábana blanca. En el Hospital General Milanés lo examinaron los médicos Roberto Fonseca y Fermín Fernández.

Milagros y yo mandamos a Juan Rodríguez al pueblo de San Luis, en Santiago de Cuba, con la fatal noticia a la familia. Félix Oscar Mateo era natural de allá. Para que pudiera ser trasladado sin ningún contratiempo, los médicos pusieron en el acta de defunción que había muerto de un infarto.

Lo velamos muy poca gente, recuerdo a Micaela Fonseca y Ada Lorente. Nadie quería estar en las calles por la represión de la tiranía.

A la mañana siguiente llegaron unos hermanos suyos, en un camión y se lo llevaron para San Luis.

Rubén Castillo Ramos:

El lunes 5 de agosto como resultado de una entrevista por dirigentes de la Cámara de Comercio y la Unión de Detallistas con el alcalde municipal Blas Elías, *El Moro*, abrieron los bancos con el personal administrativo y algunos empleados.

Las autoridades prometieron que los huelguistas no serían perseguidos ni detenidos. Esto se cumplió a medias, porque algunos sufrieron maltratos de hecho y de palabras.

Con motivo de las afectaciones a los comerciantes, estos ya no estaban muy dispuestos al cierre. En otros sectores, fundamentalmente en la industria, las cosas fueron bien distintas, porque los obreros no cedieron.

La tienda La Muralla, en la calle General García fue abierta a culatazos por cuatro policías. Los dueños acudieron, así como algunos dependientes. Poco después llegó Manuel Pedreira con el objetivo de obligar a cerrarla. Pero detrás de él llegó un policía. Para disimular el joven pidió a una empleada una cajetilla de cigarros suaves. El militar lo encaró en mala forma: “Desgraciado, te estaba velando. Hace rato que vengo detrás de ti”. Manolito le contestó que él no andaba en nada. Entonces el policía sacó el arma y le disparó. Desde el suelo el muchacho gritó: “¡Asesino, me has matado!”. Pronto fue otro policía, empujó a Manolito con el pie y dijo: “Hiciste bien”.

Un negro del barrio, Mangón, lo recogió y en un jeep se lo llevó para el hospital. La herida era grave. Murió tres días después.

Durante los días 6 y 7 los obreros comenzaron poco a poco a reintegrarse al trabajo. No obstante, continuaron los apagones, los petardazos y los tiros.

Dora Luz Pérez Rodríguez:

A raíz de la huelga cerraron los comercios, entre ellos la tienda La Muralla, del chino Fernando Hung. El dueño se marchó para la casa de su suegra en el reparto Pizarro¹¹, quedando su esposa Norma San, la cuñada Zoila y una niña, en la parte de atrás donde estaba la casa.

Los policías obligaron a Zoila a abrir el negocio y allí quedó el uniformado Luis García García. A la tienda no acudía casi nadie. Manolito Pedreira entró por la puerta lateral, la que da a la calle Lora, acompañado por otro muchacho. Puso las manos sobre el mostrador y pidió a Zoila una caja de cigarros Partagás.

Entonces el policía le puso la pistola por detrás. Manolito se viró y García le dijo: “Así te quería coger”. El joven le preguntó: “¿Qué pasa, compay?, si yo no ando en nada”. Entonces el militar le disparó en la ingle. Se puso pálido, blanco y cayó al piso. El policía mandó a Zoila para el fondo en mala forma.

En eso llegó mi mamá Dora Rodríguez gritando al militar: “¿Qué usted ha hecho?”. García sacó una bala de la pistola y

le dijo: "Mira, un sólo cuerazo". Seguidamente le ordenó que se fuera de allí y le dio un golpe con la pistola en el hombro izquierdo causándole un moretón por muchos días.

Yo también fui a ver lo que pasaba y me encañonó diciéndome que me sentara y le dijera al que llegara por allí, que no había pasado nada. Entonces vino el negro, Ramón Blanco, Mangón, que en ese momento se encontraba en el cuartel de los bomberos, a una cuadra, y se lo llevó para una clínica.

El rostro del policía se me quedó bien grabado en la memoria. Después lo vi varias veces en la calle. Cuando triunfó la Revolución el asesino desapareció de Bayamo, pero la mamá de Manolito, Rosario, no desistió en su búsqueda. A los dos años lo encontró de jardinero en Camagüey, fue cogido preso y juzgado por los tribunales revolucionarios.

Conrado Domínguez, Pelao:

El velorio de Manuel Pedreira, de la gente de Orlando Lara, fue en su casa, en la calle Máximo Gómez, esquina Masó. Los guardias rurales y los policías vigilaban discretamente. No obstante, la gente acudió en masa, porque era un muchacho muy querido y respetado.

La gente estaba dentro de la casa y en la calle desde horas tempranas. En el murmullo de todos se reflejaba el odio a la feroz tiranía. Repentinamente y para sorpresa general llegaron con una ofrenda floral Orlando Lara, Pochocho Martínez, Roberto Reyes y Caridad Ledea. Venían vestidos con camisas blancas y corbatas negras. Del cogín de flores pendía una cinta que decía: "A Manolito, de Lara y sus muchachos". Vieron por última vez el rostro del compañero caído y Lara dijo a la mamá del joven: "En nombre del Movimiento 26 de Julio nos unimos a su dolor. La muerte de su hijo no será en vano". Lara colocó el cogín sobre el ataúd y se marchó con sus acompañantes porque era muy buscado.

Minutos después que se fueron llegaron varios guardias con sus paraguayos dando planazos a todo el mundo en el

velorio. Las mujeres y los niños gritaban. Se produjo un forcejeo. La misión de los guardias era llevarse el cadáver para el cementerio.

El capitán Morejón comentaría que aquella acción de Lara fue la burla más grande que le habían hecho al Ejército.

Juan Pedreira Mainet:

Cuando Lara y los otros llegaron al velorio de mi sobrino Manolito Pedreira, aunque había guardias vestidos de paisanos no se atrevieron a actuar contra ellos. Pero seguramente enviaron algún recado al cuartel, porque al poco rato llegaron dos camiones cargados de guardias por los dos callejones que desembocan a ambos lados de la casa. Dispararon varias ráfagas al aire, se bajaron y empezaron a darle plan de machete a todo el mundo.

El corre corre fue tremendo. Las sillas rodaban y muchos escapaban por el fondo y la barranca de la calle Masó. El abuso era tanto que un teniente trigueño, mandó a concluir aquello y ordenó: "Dejen esa manía de dar golpes". Yo mismo recibí un culatazo de fusil en el hombro derecho que por poco me lo arranca, del que aún tengo la huella.

El velorio acabó en el momento: por orden del cuartel llegó el carro fúnebre y no dejaron que lo acompañáramos al cementerio. Los guardias fueron sus acompañantes. Se lo llevaron por el desvío de Manzanillo sin la presencia de ningún familiar y lo enterraron. Luego la familia le llevó flores y le hizo el novenario mortuorio.

Manolito era un muchacho que todo el mundo quería, era muy servicial y no le gustaban las cosas mal hechas, se ganó la confianza de Lara, siendo uno de los miembros de su grupo.

Roberto Hechevarría Remón:

Ya cuando llevábamos ocho días de huelga vino Abigail González y le propuso a Lara tirotear los bancos que fueron

los primeros en abrir. "No podemos permitir que la huelga concluya", dijo con énfasis Abigail.

En el grupo no hubo consenso, pues no había armas. Las que prometió Níco Verdecia nunca llegaron de Veguitas.

Lara en su impotencia, dijo exaltado que mucho más dramático sería secuestrar una rastra de gasolina y abrirle la llave por toda la calle General García y prenderle fuego. Como eso de quemar a Bayamo de nuevo. La mayoría no estuvimos de acuerdo.

Aquellas fueron jornadas realmente de mucho valor, pues actuábamos sin armamento y buscábamos hacer algo que estremeciera al gobierno. Sabíamos que la lucha era general, pero no que una semana después éramos los únicos que la manteníamos en pie.

Ana Marina Rodríguez Corona:

Elio Guerra le mandó un recado a Iván Leyva, que estaba escondido en Santa María, con la orden de que regresara a la ciudad, pues requería de unas informaciones para la dirección del Movimiento en Santiago de Cuba. Por una delación, posiblemente de unos maestros de apellido Naranjo, cogieron presos a Iván y a Elio. Por cierto, en ese momento leían unas revistas de muñequitos. No les encontraron armas, pero sí una lista de los que formaban parte de la reserva del M-26-7 de su grupo.

Lo importante fue que todo el pueblo vio el allanamiento del lugar y cómo eran llevados presos de la manera más brutal. Enseguida la gente se movilizó, y corrieron la voz de que los iban a matar. Incluso cerraron las escuelas.

En defensa de los dos revolucionarios participaron las monjas. El alcalde municipal Blas Elías habló con el capitán Morejón, que se había hecho cargo del escuadrón de la Guardia Rural, y le dijo que si estaban muertos, le entregaran los cadáveres a las familias. Morejón le dijo que tenían una lista de batistianos para ajusticiarlos.

En el cuartel la vida de Iván corría peligro. A cada rato lo sacaban como si fueran a fusilarlo, sometiéndolo a una terrible guerra psicológica. Por falta de pruebas y la fuerte presión popular tuvieron que ponerlo en libertad.

Eloína Guerra García:

En la segunda quincena de julio de 1957 llegó a Bayamo procedente de La Habana el joven Ángel Páez Páez con la intención de subir a la Sierra Maestra. Hizo contacto con la dirección del M-26-7, ocultándose varias veces en la casa de algunos miembros del Movimiento hasta realizar los enlaces necesarios para conducirlo a las montañas. Ángel portaba una pistola, por eso decía que los esbirros no lo cogerían con vida ante un registro.

El 21 de agosto estaba oculto en la casa de Adis Espinosa, en la avenida Fernández de Castro. Lamentablemente, mientras limpiaba el arma, esta se disparó y lo hirió en la ingle. Adis vino a buscarme con urgencia y le hicimos una venda con una sábana. En un auto que localizó mi esposo Luis Catasús lo trasladamos a la clínica del doctor Lino León, en la calle Céspedes esquina Lora. El caso era grave pues tenía perforado los intestinos y había que operarlo. El médico nos dijo que mientras lo atendía, nosotros pensáramos lo que se le iba a decir a la policía, pues era obligatorio informar de un herido ingresado.

Localizamos al juez de instrucción Caymarí, quien mantenía relaciones con el 26, y redactó un documento en el que informaba que Ángel Páez había sido herido en plena calle durante una balacera originada por militares no identificados. Vale decir que esto era corriente en Bayamo, alejando así toda sospecha.

Angelito salió bastante bien de la operación, incluso se veía animado. Decía que una vez recuperado iría a las montañas como era su sueño. Pero al cuarto día amaneció con fiebre alta. El médico ponía todo su empeño en que mejorara, no obstante, el organismo no reaccionaba de manera positiva. Hubo que hacerle varias transfusiones de sangre. Se le avisó a

la familia en El Cotorro, allá en la Habana, los que llegaron rápidamente. Fueron alojados en un cuarto de la misma clínica. Vicente Quesada dijo al doctor León que Rodolfo Guerra le pagaría todo de la tesorería del movimiento.

A pesar de todos los esfuerzos Angelito falleció el 25 de agosto. Este sensible hecho originó un corre corre, pues había que velarlo y enterrarlo sin levantar muchas sospechas. De los gastos del velorio se ocuparían Vicente Quesada y José Carbonell, pero no pudieron resolver el dinero. En la funeraria de Chirivella lograron conseguir un servicio de 150 pesos. Para allá se llevó, asistiendo la gente con mucha discreción.

Por cierto, con Chiverella ocurrió algo que demuestra el grado de sensibilidad y valor de Vicente Quesada. Resulta que el dueño pidió un recibo por los gastos, y Vicente con mucha naturalidad sacó su cartera y depositó en la mesa varios bonos del 26 de Julio. Por supuesto, los ojos avariciosos de Chirivella mostraron extrañeza, y quiso poner objeciones. Entonces Vicente le dijo: "Ese joven que está tendido en el salón ha caído por nuestra libertad y debe ser enterrado igual que los demás. Nosotros no tenemos dinero y esta será su contribución. No obstante, el dueño trató de rechazar la oferta, por lo cual Vicente tuvo que sacar la pistola y decirle: "Fíjese, si alguien se entera de esto será por usted y entonces tendrá que responder ante el Movimiento".

A la medianoche llegó la madre de Angelito vestida de negro. Junto al cadáver no pudo aguantar su dolor y empezó a dar gritos. Se abrazó a la caja y decía: "¡Hijo mío, nosotros seguiremos tu lucha!".

Enseguida unos guardias que estaban en la esquina corrieron para la funeraria y mandaron a desalojar el salón. Incluso dispararon al aire para amedrentar a la gente. Los esbirros se hicieron dueños del cadáver y lo llevaron para el cementerio. Después del Triunfo de la Revolución los familiares trasladaron sus restos para La Habana.

Mario Bruqueta Rosabal:

Después de la huelga bayamesa de agosto aumentó la persecución contra los revolucionarios, muchos tuvieron que pasar al clandestinaje. En este caso se encontraban Orlando Lara, Pochocho, Roberto Reyes, Iván Leyva y otros.

Lara a través de Pedro Galvis hizo contacto con el comerciante Miguel Capote San Román, de Cauto del Paso, para alzarse en esa zona y crear un foco guerrillero, teniendo como experiencia la breve existencia en la guerrilla de Cabezada de Julia, dirigida por Eloy Paneque y que sólo duró doce días, en diciembre de 1956. Lara seleccionó a los mejores hombres, a los más quemados y los fue mandando a esa zona. Al propio tiempo creó una red campesina de avisos y comunicaciones. En los preparativos del alzamiento contó con el apoyo de la dirección del M-26-7 y personalmente de Vicente Quesada, para los suministros y las armas.

En los primeros días de septiembre de 1957 en Cauto del Paso fue fundado el núcleo rebelde. Inicialmente tuvo alrededor de quince combatientes, la mayoría con escopetas y armas cortas, pero con la decisión de actuar activamente en la retaguardia del enemigo. A los pocos días comenzaron a desarrollarse acciones que preocuparon poderosamente a los jefes batistianos de Bayamo.

José Escobar Alba, Cheito:

Unos días antes del alzamiento Lara me dijo: "Cheo, el Ejército ha regado la bola que al informante que propicie mi captura le entregará una importante suma de dinero; tú serás el único en conocer mi escondite, y para llevar a alguien allí primero tienes que decírmelo. Esto no puede fallar".

A la guerrilla de Lara se le enviaron varios suministros. Recuerdo que en octubre de 1957 la dirección del Movimiento me entregó un cargamento de mercancías, las cuales

le llevé a Lara. No llegué al campamento porque Pedro Pompa vino a recibirlas.

José Manuel Betancourt Cisneros, *Bebo*:

La noche que Lara se fue para Cauto del Paso, el locutor Navarro Cuello nos entregó un Springfield con 500 tiros y siete granadas de mano. Manuel Yero Rodríguez y yo debíamos dejarlas en el tejado de Chicho Jiménez, en el reparto Ojeda. Anteriormente se habían ido Pochocho y Víctor Sotomayor.

Lara estaba escondido en la casa de los Vega, en la zona de la Cañona¹²; de ahí lo sacaron los Castellanos en unas máquinas de alquiler. Los que habíamos trabajado con Lara, tras su partida, quedamos bajo las órdenes de Vicente Quesada y Elio Guerra.

Jorge Luis Ocaña Báez, *Wichi*:

La agitación revolucionaria era grande. No había hora que en Bayamo no sucediera algo contra el régimen. De pronto era el estallido de una bomba, que un tiroteo en el bar, donde los militares eran asiduos. En los primeros días de septiembre, creo que el 4, en que los batistianos festejaban el primer golpe de estado de su líder, un compañero de nuestra célula, William Portuondo, el ojiverde, disparó contra unos soldados y luego en la esquina de la calle coronel Montero y Céspedes botó unos casquillos. Existen versiones de que algún vecino lo vio y avisó al enemigo.

En horas de la mañana llegó una patrulla militar en un jeep a la tienda La Cañonera de Raúl Pérez, que venía colaborando con el 26 de Julio. Le preguntaron por la casa de los Ocaña. Una vez que se la señalaron siguieron su objetivo. La puerta la abrió mi mamá Generosa Báez.

En ese momento estábamos en el último cuarto Rigoberto Rodríguez Proenza, un compañero clandestino de Jiguaní, y yo, porque William Portuondo había seguido por la noche para Pompita. No nos dio tiempo a nada: los soldados nos encañonaron y llevaron para la sala donde esperaba el sargento

Caballero. Mi mamá no dejaba de llorar, y el militar le aclaró que no habría problemas, pues lo único que teníamos que hacer era aclarar algunas cuestiones.

No registraron la casa, y eso nos salvó porque debajo del colchón teníamos una pistola 45 y un revólver 38. Mandaron a buscar a mi papá en la tabaquería que trabajaba para que nos acompañara. Nos montaron en el jeep rumbo al hotel Royalton, donde estaba desayunando el entonces comandante Merob Sosa y el teniente Camps. Merob en forma áspera nos preguntó por el paradero de Portuondo y dijimos que no lo conocíamos. Entonces me dio una galleta en pleno rostro y amenazó que por nuestro bien nos acordáramos. Dijo a mi papá: "Estos dos muchachos se van a quedar presos hasta que aparezca William Portuondo. Si ese revoltoso no aparece enseguida los voy a desaparecer".

De nuevo montaron en el jeep y nos llevaron para el cuartel. No nos metieron en las celdas porque estaban llenas. Entonces nos dejaron en la salita al cuidado de un guardia viejo y tranquilo. Poco después llegó el teniente Camps y nos interrogó por separado. Rigo confesó que era de Jiguaní. A mí me preguntaron nuevamente por el paradero de William, pero volví a decir que no lo conocía. Molesto sacó una pistola de canchas de oro y me apuntó: "Tú me vas a decir todo lo que yo quiero, porque si no lo sacamos esta noche, le damos dos tiros y nadie se entera". Nos regresaron a la salita.

En horas del mediodía el guardia que nos custodiaba se levantó para ir a almorzar. En ese momento sonó el teléfono y el militar que atendía la llamada, nos preguntó: "¿Quién es el de Jiguaní?". Rigo y yo nos miramos. No sabíamos quién pudiera ser. De modo que Rigo respondió: "Aquí no está".

El de la línea insistía. Adivinamos que pudiera ser el teniente Colt de Jiguaní para venir a buscarlo por haber puesto unas bombas en ese pueblo. Resuelto mi compañero dijo: "No te preocupes, que ahora mismo nos vamos de aquí".

Nos levantamos y salimos. De casualidad en ese momento venían llegando la madre de Rigo y la mía. Le dijimos que

siguieran como si nada y preguntaran por nosotros, pues en ese momento nos estábamos fugando. En la posta de entrada no hubo problemas. Para despistarlo, Rigo me comentó: “¡Yo sabía que nos iban a soltar!”, yo afirmaba. “¡Anjá, yo lo sabía!”. De esa manera salimos de la fortaleza y nos escabullimos por un callejón. Aquello se regó como pólvora: “Rigo y Ocaña se fugaron del cuartel”. Nos fuimos para Pompita. Poco después llegaron Lara, Pochocho y Frank Quesada; Rigo siguió con Lara para la Sierra. Yo me quedé en la zona y cuando se aplacó la cosa regresé a Bayamo.

Mario Bruqueta Rosabal:

La efervescencia revolucionaria en el municipio Bayamo con la heroica huelga por la muerte de Frank País, extendida por ocho días, y el ataque exitoso del Che Guevara al cuartel de Bueycito, condujo al régimen a elaborar nuevos planes ofensivos contra los rebeldes en la Sierra Maestra y los llanos. Primeramente designaron como Jefe de la Zona de Operaciones al teniente coronel Curbelo del Sol y al frente del Regimiento No. 1 Antonio Maceo al coronel Alberto del Río Chaviano. Ellos elaboraron un denominado “Plan de Alzados” con el propósito de exterminar a Fidel Castro y sus hombres en la Sierra Maestra, eliminar los suministros y la limpieza de la retaguardia, es decir, los grupos de escopeteros que actuaban en los llanos de Bayamo con Orlando Lara y Gerardo Hernández, *Machado*. En dicho plan se dispuso el traslado del puesto de mando de Maffo para Bayamo por reunir una serie de requisitos, entre ellos, buena comunicación por carretera, un aeropuerto, ser punto medio de la zona de operaciones, con buenas comunicaciones hacia la Sierra Maestra y los llanos del Cauto. Escogieron para puesto de mando la sede de las tradicionales ferias ganaderas y agropecuarias, situada al borde derecho de la Carretera Central rumbo a Santiago de Cuba. Era un área que estaba alejada de la población. Protegieron el perímetro con sacos llenos de arena y casamatas, en cuya parte superior se podían ver las ametralladoras y los casquitos con los fusiles.

En el Plan R-1, elaborado por los estrategas batistianos a fines de septiembre de 1957, relacionaban que tenían en persecución de los rebeldes dos batallones y una compañía independiente, con cerca de 650 hombres, y como reserva en el puesto de mando de Bayamo, otros 700, integrados en siete compañías. A estos hay que agregar el escuadrón de la Guardia Rural y la estación de policía. De esta manera la ciudad de Bayamo a todas horas era invadida por numerosos militares en patrullas motorizadas y a pie. Los batistianos miraban con rencor a los pobladores, creyendo ver en todos a un enemigo, piropeaban groseramente a las bayamesas, y eran visitas asiduas en bares y prostíbulos.

También en las cercanías del puesto de mando establecieron un centro especial de torturas, conocido como La Pesa, donde llevaban a los sospechosos de ser revolucionarios. El foso lo llenaban de agua con las personas adentro. Además contaban con sofisticados instrumentos para la tortura física, entre ellos unos destinados a sacar uñas y dientes, y otros para aplicar corriente eléctrica.

CAPÍTULO IV

LA NOCHE DEL TERROR EN BAYAMO

William Ayala Quesada:

En el segundo semestre de 1957, mientras en la Sierra Maestra se consolidaba el Ejército Rebelde bajo la acertada guía de nuestro Comandante en Jefe Fidel Castro, en la ciudad de Bayamo actuaban grupos de acción y sabotaje, principalmente los de Orlando Lara, Vicente Quesada y Gilberto López, *Raúl*. Estos grupos desarrollaban sus actividades un poco independientes, porque la dirección del M-26-7 encabezada por Cristóbal Guilarte no era partidaria de realizar acciones violentas de gran magnitud, las que podrían traer grandes despliegues de fuerzas militares batistianas en la Ciudad Monumento.

Según nos informó Bichín había recibido de la Dirección Provincial del Movimiento, a través del compañero Arturo Duque de Estrada, la orden de paralizar toda acción armada en Bayamo. La población tenía una posición estratégica en Oriente pues estaba cruzada por la Carretera Central y servía de antesala a la Sierra Maestra, donde llameaban los fusiles por la libertad. Se alegaba que si la ciudad se mantenía tranquila, como si nada estuviera pasando, el enemigo estaría más confiado y nosotros podríamos continuar sin muchas dificultades el envío de suministro a las montañas, cooperar a la subida de los revolucionarios y en la protección de otros que bajaban heridos o con mensajes.

Desde agosto el comandante Che Guevara se había establecido con la columna No. 4 en la zona serrana de Minas de Bueycito, librando combates en Bueycito, El Hombrito y

Pino del Agua. El 5 de octubre el jefe rebelde nos mandó importantes instrucciones en un mensaje que por lo trascendental de este hecho recuerdo que decía así:

A los cros. Walter, Gilberto, Víctor y Frank

Estimados compañeros:

Me enteré por Lara de la labor que vienen realizando en la ciudad de Bayamo. Los felicito y los llamo al mismo tiempo a la más estrecha cooperación con la dirección del movimiento. Recuerden: unión, valor, disciplina, mis pilares de nuestros tiempos. Adelante compañeros.

Reciban un saludo fraterno. // Che.¹³

En efecto, en su entrevista con el Che Guevara Lara lo había puesto al tanto de las actividades revolucionarias en los llanos de Bayamo. Una vez que leímos la nota del líder guerrillero, Bichín, Elio Guerra —que era el jefe de acción y sabotaje— y yo, llegamos a la conclusión de que se nos llamaba a ejecutar planes en la ciudad, donde se habían ido significando algunos asesinatos como Roberto Ríos Sarmiento, conocido por Campeón, Albérico Torres, Arturo Cárdenas Muro y algunos tigres de Masferrer¹⁴.

Guido Antonio Villarreal Mendoza:

El día 11 de octubre los militares Roberto Ríos, Albérico Torres, Cárdena Muro y Rojas allanaron nuestra casa en la calle Milanés. De esta manera cogieron preso a Gilberto López, a mi tío Guillermo Villarreal Figueredo y a un compañero de Jiguaní conocido por Frank. Esto, sin dudas, fue consecuencia de una delación.

Gilberto era jefe de un campamento rebelde en la zona de Mabay y andaba gestionando recursos, fundamentalmente con el hacendado Pepe Castro. Llevaba escondido en la casa como cuatro días. Guillermo recolectaba armas y vendía bonos al igual que Frank. Los esbirros registraron todos los rincones

buscando armas, incluso levantaron partes del piso de locetas, pero no encontraron nada.

A Guillermo lo soltaron a los dos días porque el tío Amancio Villarreal habló con Héctor Lacalle que peleaba gallos con el capitán Morejón y, bueno, estas relaciones daban resultados alentadores si la cosa no era tan grave. Por las mismas gestiones y otras dejaron libre a Frank aunque un poco más tarde. Donde Morejón fue inflexible, fue con el caso de Gilberto López.

Jorge Luis Ocaña Báez:

Frank Quesada, sobrino de Vicente Quesada, salió de la cárcel gracias a las gestiones realizadas por Cuca Cutie, una compañera que llegó a formar un grupo para la recogida de armas y la venta de bonos. Ella conversó personalmente con el capitán Morejón, quien accedió a dejarlo libre siempre que se fuera de Bayamo. Y en efecto, después de esto no supimos más de él hasta el triunfo de la Revolución.

Rubén Castillo Ramos:

Los maltratos físicos llovían sobre los presos. El ensañamiento del capitán Pedro Morejón, jefe de la Guardia Rural, y sus hienas fue mayor contra Gilberto López Bosch, el que había llegado a Bayamo herido en una pierna a raíz del frustrado Asalto al Palacio Presidencial y al que, sin duda alguna, habían logrado identificar por una delación. Todas las noches lo sacaban y le daban “un paseo” y cuando volvían a internarlo en la celda del cuartel iba más destrozado: le habían fracturado un brazo, la clavícula y algunas costillas.

Sus compañeros de prisión tenían que sujetarlo para darle los alimentos. Pero una y otra noche volvían a sacarlo. Cuando se presentaban los verdugos, Gilberto se erguía diciéndoles: “Mátenme ya, acaben de una vez. Cobardes. Asesinos”. El que más se ensañaba con el soldado era Roberto Ríos.

No pudiendo soportar más aquella agonía, Gilberto López envió a sus hombres, en Mabay, un mensaje escrito en una

caja de cigarros: "Maten a Campeón". La noticia corrió como reguero de pólvora por los centros clandestinos de Bayamo.

William Ayala Quesada:

El esbirro Campeón, incluso se jactaba públicamente de estar torturando a Gilberto López, el querido jefe del grupo rebelde de La Aguada en Mabay. Su segundo, Walter Maren, con el nombre de guerra Walter Santiesteban, se hizo cargo del mando y trasladó el campamento a Gurugú de Pompita.

La Dirección del movimiento en Bayamo decidió que este fuera el grupo que realizara los atentados a los sicarios del régimen. Para la segunda quincena de octubre nos reunimos con Walter, Arsenio Llovet —jefe de la célula del 26 de Julio en Pompita—, Manuel González, Pápiro, Apeles, el Chino y yo, donde discutimos las acciones a llevar a cabo.

Manuel Muria Montaña:

Para los atentados en Bayamo se escogieron algunos muchachos del grupo de La Aguada, más cuatro compañeros de la célula de Pompita, en total diez combatientes armados solamente de revólveres y pistolas y con pocas balas. Estos fueron: Tony Lotty Osorio, Ramón Guerra, *Carne Prieta*, Apeles Rodríguez, Luis Guevara Morales, Mariano Tamayo Rodríguez, *Marianito*, Heriberto Ortiz, Barbeliano Maceo, Guillermo Argote, Juan Silva Acuña y yo. Entre los días 16 y 19 de octubre penetramos en la ciudad en dos oportunidades, sin embargo, no fue posible realizar las acciones en los lugares previstos.

Luis Guevara Morales:

Walter Santiesteban nos impartió órdenes de ajusticiar a connotados asesinos en Bayamo. A mí y a Heriberto Ortiz nos asignaron el tigre de Masferrer, Francisco Gómez, *Paco*, quien vivía en la callejuela Laura, entre Pío Rosado y Coronel Estrada. En la noche del 18 de octubre entramos en la ciudad y comenzamos el chequeo comprobando que estaba en su casa.

En una ocasión que pasamos por la calle nos vio y salió a perseguirnos. Esperábamos que nos siguiera hasta doblar la esquina pero a mitad de cuadra viró. Entonces dije a Beto: "Dale que se nos escapa". Sacamos las armas y disparamos, pero él corrió como un guineo y entró en la casa. Antes de que aquello se llenara de guardias nos alejamos. Este fallido atentado puso en alarma al enemigo.

Roberto Arnaldo Paneque:

Desde la detención de Gilberto López la situación estaba tensa en Bayamo. El enemigo sabía de las actividades de Orlando Lara y sus muchachos, los que entraban arriesgadamente a la ciudad. Vicente Quesada atendía directamente este grupo por la dirección del Movimiento, quien estaba fichado por los cuerpos represivos. A principio de octubre de 1957 este fue detenido y dejado en libertad al poco tiempo. Un compañero fue a verlo en la notaría donde trabajaba para conocer las nuevas orientaciones recibidas del comandante Che Guevara, y en relación con unas armas que estaban escondidas. Al verlo Vicente le increpó: "¿Qué haces aquí? Me están vigilando. Lo mejor que haces es irte".

Tenía razón. Enseguida detuvieron al compañero, así como a Vicente. El 18 de octubre fueron puestos en libertad con el encargo de Morejón de que no quería verlos más juntos.

Mientras tanto, en la ciudad se preparaban atentados contra varios asesinos y abusadores del pueblo. El 20 de octubre Mardonio Hechavarría, conocido por *Noni*, recibió la orden por parte del Movimiento de hacer un atentado en la casa de una mujer, natural de Las Villas, recién instalada en Bayamo, pues allí se reunían guardias de la peor calaña, entre ellos Torres, Cárdenas y varios casquitos. Junto a Conrado Domínguez, *Pelao*, salió a cumplir la arriesgada misión. Pero cuando estaban cerca fueron tiroteados por los famosos Mantequitas: los hermanos Carlos, Nene y Chiquitín Fuentes. Se sucedió un intercambio de disparos, impidiendo la realización del atentado.

Luis Guevara Morales:

Al atardecer del día 20 salimos juntos Ramón Guerra, Apeles Rodríguez y yo hacia Bayamo en la guagua de Rivas. Bajamos en La Hacienda y subimos por la barranca de La Lizana, pues debíamos contactar con Ramiro Estrada. Dimos con él y le dijimos que avisara a Vicente Quesada de que esa noche no durmiera en su casa. Luego nos encaminamos a una tiendecita de la calle Martí, donde esperaríamos el enlace enviado por Willian Ayala, quien debía darnos los datos del asesino. Poco después llegó Juan Maren, el enlace, y nos comunicó que el esbirro conocido por Campeón estaba en un bar situado en la calle General García, esquina Santa Isabel.

Nosotros fuimos hacia el bar Casa Ana, situado a dos cuadras del cuartel de la Guardia Rural. Desde la calle vimos que Campeón, estaba acompañado por el sargento Manuel Pompa. Como no queríamos disparar contra un inocente como Pompa, del cual no había ninguna acusación, dimos una vuelta por la manzana con la esperanza de que se fuera. Pero no fue así. En un intercambio de impresiones con Ramón y Apeles acordamos que antes de dispararle a Campeón alertaríamos al sargento.

Penetramos en el bar con las armas en las manos y gritando: "No te muevas, Pompa, que esto no es contra ti". En ese momento el otro militar oía en el traganíquel la canción *Mi gloria eres tú*, que iniciaba la melodía. Se le disparó enseguida, pero, aún así, logró sacar su revólver y dio unos pasos. La balacera lo derribó.

Mientras tanto, el sargento Pompa no obedeció nuestras precisas órdenes y trató de sacar su arma. Nosotros fuimos más rápido y cayó desplomado en su silla.

En el lugar, por supuesto, se formó tremendo alboroto, aunque no había mucha gente. Una bala hirió al tabaquero David Rodríguez y otra rozó levemente la cabeza de Ángel de la Guardia ya en la calle. Nosotros lamentamos la muerte del sargento Pompa y las heridas de los civiles, pero en la guerra siempre ocurren hechos imprevistos.

Ana María Arias Medel:

Ese día 20 pasadas las seis de la tarde llegó al bar como era su costumbre el sargento Pompa a tomar café. Después llegó el soldado Campeón acompañado de Mano Negra. Este último siguió su viaje, mientras Campeón se quedó parado próximo a la puerta observando una casa donde vivía una mujer que deseaba. Yo estaba conversando con Pompa a la entrada del bar. A eso de las siete me dijo: "Ana, me voy. No me agrada que me vean con Campeón". Casi no había nadie en el bar. Juan Corona estaba pasado de tragos y dormía la mona con la cabeza recostada en la mesa. Ángel de la Guardia salió en ese momento.

De pronto penetraron tres hombres en el bar con las armas en alto y escuché cuando dijeron: "Somos de la gente de Lara". Y otro, directamente le aclaró a Pompa: "Esto no es contra usted, Pompa". Los disparos retumbaron en mis oídos. Todo fue muy rápido. Cuando miré ya Campeón y Pompa estaban tendidos en el suelo y echando sangre por varias heridas. De mí se apoderó un nerviosismo incontrolable y cogí hacia el fondo donde estaban mis niñas. Advertí que el arma de Pompa estaba a medio sacar de la funda.

Mi esposo Manuel Reyes y otros vecinos cogieron a los guardias heridos y en un carro que pasaba lo llevaron a una clínica, pero al llegar, estaban muertos. Una bala hirió a David Rodríguez y otra a Ángel de la Guardia a sedal ya en la acera. Pero no fue nada grave.

A mi esposo lo detuvieron y llevaron para el cuartel. Querían involucrarlo en el atentado. Hubo que hacer muchas gestiones, pero al final Morejón lo soltó sin problema. El bar estuvo cerrado como tres días.

Luis Guevara Morales:

Después del atentado corrimos hacia el interior de la ciudad, pues inferíamos que por la proximidad del cuartel, si cogíamos

para la vega del río Bayamo nos podían cazar fácilmente cerrando la carretera de Manzanillo. Por eso tiramos para la calle Zenea y al doblar entramos por la primera puerta a la derecha pistola en mano, y salimos por el fondo. Brincando de patio en patio fuimos a dar a Los Elevados. Seguimos por la línea férrea hasta la calle Figueredo. Buscando evitar la Terminal del Ferrocarril entramos por una callejuela del reparto Olivé¹⁵.

Tuvimos la mala suerte de que en el bar de Rosa Bou, en la calle Milanés, estuvieran varios casquitos. Retroceder era peligroso, por lo que dije a mis compañeros que me iba a ir delante: la única alternativa era pasar uno a uno. Pero un militar me preguntó: "Oye, ¿adónde vas?". Tuve que decirle que a tomarme una cerveza en el bar y que, además, lo invitaba.

Yo pedí las dos cervezas mientras el uniformado seguía preguntándome cosas. Se me ocurrió decirle: "Soy Masferrerista, de la gente de ustedes". En eso llegó un guardia que conocía mi condición de alzado; vi cuando venía hacia mi con otro. Enseguida saqué mi colt 38 y disparé. En el bar se formó un gran desorden el que aproveché para salir. En el tiroteo recibí un balazo a sedal en el tórax y otro en la mano izquierda. Las balas no dejaban de silbar a mis espaldas. Fui a parar a la línea del ferrocarril y después al reparto Vista Alegre¹⁶.

La mala suerte me perseguía porque un poco más allá, en el bar Luna, unos guardias me gritaron que me parara. Yo seguí y me dispararon, respondí con mi arma, obligándolos a protegerse dentro del bar, momento que aproveché para correr por la calle. A mitad de la cuadra la señora Catalina Gregory, esposa del jamaquino Ernesto Trotman, abrió la puerta de la casa y me dijo: "Entre rápido, por favor". Ella me condujo hasta un cuarto de madera en lo alto, y me dijo que me mantuviera allí oculto.

No dejaba de pensar en la suerte que pudieron haber corrido mis dos compañeros. Poco después me quedé dormido como hasta la cinco de la mañana. Me amarré la parte de una sábana en la herida del tórax y me cambié de ropa. A toda prisa salí en dirección al río Bayamo.

Catalina Trotman Gregory:

Estábamos en la calle buscando un ungüento para mi papá que tenía la mano alterada. Oímos los tiros, y en eso vimos pasar un hombre a toda carrera. Mi mamá, Catalina Gregory, estaba sola en la casa y temerosa de que fueran a matar al joven lo protegió en lo alto de la carpintería de mi hermano mayor Patrocinio. Ella no se dio cuenta de que estaba herido, porque todo fue muy rápido.

Todos nos concentramos en la casa principal. En la madrugada el hombre salió por un pasillo. Mi hermana Dolores dijo: "Ya se fue". Cuando Patrocinio subió a su casa encontró la ropa llena de sangre, la que después enterramos, y un papelito en el cual decía que devolvería la ropa.

Luis Guevara Morales:

Crucé el río por el Paso de Santa Ana, con el agua fría y casi dándome al pecho. Atravesando maniguales, potreros y campos de caña llegué hasta las cercanías de Pompita. En un bohío un campesino me dio un vaso de café con leche. El 21 antes del mediodía hice contacto con Walter Santiesteban, quien me llevó para la casa de Arsenio Llovet. Una hija de este combatiente, llamada Gisela, me hizo las primeras curas y luego me inyectaron. Felizmente encontré allí a Ramón y Apeles sin ningún problema.

Dada la vigilancia en los centros médicos de Bayamo, Marianito Tamayo me sacó para Santiago de Cuba. La maestra María del Carmen Provance, *Lalita*, se ofreció para acompañarme hasta Jiguaní. Me llevaron en la máquina de Edesio Medel. Para evitar los registros de La Pesa y el puesto de mando, en la Granja Ganadera, nos fuimos por la Carretera Central hasta Babiney, y seguidamente por un terraplén polvoriento hasta Jiguaní. Seguimos para Santiago de Cuba sin ningún contratiempo, allí los compañeros del 26 de Julio se encargaron de la cura de mis dos heridas.

Rubén Castillo Ramos:

La vendetta de la tiranía no se hizo esperar en la forma más cruel y espantosa. Primero pusieron la ciudad a oscuras y después plagaron las calles de militares, asesinos y chivatos. Llenaron el espacio con el estampido de los fusiles como si estuvieran librando una batalla campal. Luego entraron en las casas para llevarse a los elementos revolucionarios señalados de antemano y, cobardemente darles muerte.

La noche del 20 y la madrugada del 21 fueron tremendamente horrorosas. Al día siguiente se conocería el resultado de sus macabros propósitos. Por la avenida Milanés, en Vista Alegre, apareció el cadáver del valiente Gilberto López, en un callejón enyerbado. Una ráfaga de ametralladora le había arrancado la mitad de la cara.

Leopoldo Cedeño Corría, *Polo*:

Por la madrugada oímos cuando detuvieron los carros y le dijeron a Gilberto que se fuera porque estaba libre. Parece que ellos esperaban que tocara en la casa de Antonio Villarreal para balearlo allí mismo. Pero Gilberto siguió y dobló rápido por el callejón del Chino Chévere. Entonces el jeep aceleró y le cayó atrás. El revolucionario se metió por el patio de Rosa, pero al enfrentar a la otra callejuela, en el patio de Vicente Maceo, le dispararon a mansalva. Dejaron el cadáver allí tirado hasta bien entrada la mañana.

Roberto Arnaldo Paneque:

El 20 por la tardecita Vicente Quesada envió un recado a un amigo al que le advertía: "Cuídate, pues se está preparando un atentado que yo no he ordenado".

La represión de los militares no se hizo esperar y esa misma noche en su casa detuvieron a Vicente Quesada. Al día siguiente apareció torturado y asesinado en el kilómetro ocho de la carretera de Manzanillo, a la entrada de la fábrica La Hacienda, junto a los compañeros de lucha Mario Enrique Alarcón Martínez y Rubén Noguera Castillo.

José Luis Pacheco Báez:

El día 20 de octubre, sobre las 7 de la noche, iba para mi trabajo, cuando doblé por la calle Dolores y tomé Eligia Estrada, vi un jeep del Ejército estacionado frente a la casa de Vicente Quesada y en la puerta su esposa conversaba con un militar. Parece que en ese momento él no estaba en su casa y lo andaban buscando. Esto fue antes del atentado a Campeón y Pompa.

Yo seguí y cuando llegué a la esquina de la calle José J. Palma me topé con Cárdenas que estaba parado en la acera de la casilla. Una vez que llegué a la Delegación de Veteranos, donde trabajaba, serían sobre las siete y media, se escuchó un tiroteo a los lejos.

Al día siguiente Vicente Quesada apareció asesinado y su cadáver lo trajeron para la casa. Estuve en el velorio y le di el pésame a su familia. Después tuve que salir. La gente dijo que Batista era un asesino. Se comentaba que algunos revolucionarios como William Portuondo y Walter Vives Vázquez, querían ponerle la bandera del 26 de Julio.

Eloína Guerra García:

La noche del 20 Vicente se vistió de blanco para ir al cine con su esposa María. En eso llegó el policía Arturo Cárdenas y se lo llevó preso para el cuartel. Un rato después vino también a la casa el capitán Pedro Morejón diciéndole a María que no se preocupara porque a Vicente no le pasaría nada. No obstante, el alcalde Blas Elías fue al cuartel en su búsqueda. Morejón, con desvergüenza, le dijo que ya a Vicente lo habían puesto en libertad.

Sin embargo, al día siguiente se reveló la horrorosa entraña de los militares batistianos. El cadáver de Vicente Quesada apareció en la carretera de Manzanillo, por la fábrica La Hacienda. Tenía señales de disparos en la frente y la espalda. Cuando lo trajeron a la casa todavía estaba cubierto de hormigas.

A pesar del terror vivido, de los miles de disparos y explosiones efectuadas en la noche anterior, decenas de personas

acudían al velorio de Vicente, que por ser procurador público y muy servicial tenía muchas amistades. Poco después llegó la policía diciendo que el cuerpo no podía ser velado. La familia y los amigos quisieron llevarlo hasta el cementerio, pero al llegar a la esquina los militares le quitaron el ataúd a la fuerza.

Sergio Frómata Suárez:

En la mañana del otro día, a las ocho, el maestro Rolando Valdés Rondón llevó la noticia a la Escuela Primaria Superior de Jiguaní. Él impartía Español y el primer turno le tocaba en el aula de octavo grado. Ante sus alumnos se mostraba algo nervioso, pues en los labios se le notaba una especie de brinco. Después de respirar profundamente dijo: "Un dolor muy grande invade a los hombres cuando se pierde una amigo de la infancia. Muchachos Vicente Quesada O'Connor, un jiguanicero que vivía en Bayamo, fue asesinado anoche por la tiranía en esa ciudad". Los ojos de los muchos oyentes se agrandaron, el sobresalto los puso en tensión. El maestro agregó: "¡Hoy no daré clases!". La excitación de sus labios se hizo más pronunciada y cogiendo una tiza puntualizó: "¡Jiguaní está de huelga!". Y de seguido estampó aquella consigna en la pizarra.

El extraordinario gesto del educador fue la chispa que avivó la huelga de los estudiantes de Jiguaní. La misma se desarrolló de manera espontánea, pues todos los muchachos se fueron para sus casas. Eran alrededor de 200 alumnos que decidieron ausentarse a la escuela. Dos días después, la Policía detuvo e interrogó al profesor Valdés. Gracias a las gestiones de sus colegas fue puesto en libertad, pero dada la ola de represión marchó hacia La Habana, donde siguió laborando a favor del Movimiento.

Cuando llegó la noticia del asesinato de Vicente Quesada nos causó un gran dolor. Algunos conocíamos de sus actividades revolucionarias, no todos. Hermágoras Barbado ha narrado sobre los contactos que Vicente le hizo para conseguir sustancias químicas con el fin de preparar bombas. Es decir, era una

gente muy activa y de mucho prestigio como hombre de buen carácter y sociable.

Roberto Arnaldo Paneque:

A Mario Alarcón y Rubén Noguerras los detuvieron en horas de la tarde en la tienda de víveres La Cadena Sánchez, en la Avenida Francisco Vicente Aguilera. Los condujeron los policías Arturo Cárdenas y Albérico Torres hasta La Guariana. Estando ahí lo montaron en un jeep y los llevaron para la estación de policía. Poco después los trasladaron para el cuartel.

Alarcón desarrollaba un trabajo muy activo en el 26 de Julio, cumpliendo riesgosas misiones en las zonas de Río Cauto y Cautillo. En la casa de Isabel Barrueta tenía una fábrica de petardos y cócteles molotov. Estaba al frente de una célula de acción y sabotaje, haciendo explotar petardos, recogiendo armas y vendiendo bonos.

Rubén Noguerras era operario de la tabaquería Sánchez. En noviembre de 1955 cuando los estudiantes tomaron la Escuela del Hogar, recibió una herida en una pierna. Estuvo detenido en varias ocasiones. Militó en la célula de Mario Alarcón, sobresaliendo por su valor a toda prueba. Puso una bomba en el bar Robert, siempre bastante concurrido por guardias. Viendo que demoraba en explotar volvió al local, la activó de nuevo y no se alejó hasta oír su estampido.

Candelaria Victoria Tamayo Maceo:

Mi hermano Idalberto Tamayo estaba en la casa de Feliciano cuando conoció del atentado a Campeón, por lo que regresó a nuestra casa. Cuando trajeron el cadáver del esbirro, como éramos vecinos en la misma cuadra, fuimos al velorio. En ese momento Armando Ríos, colérico, señalando para mi hermano gritó: "Ese es uno de los mau mau de Fidel Castro". Rápidamente el militar Gregorio Sánchez, *Mano Negra*, se le echó encima dándole un puñetazo en el estómago y al doblarse le

propinó otro en el cerebro. Ayudado por Palao y otro guardia lo sacaron de la casa.

Mi hermano Heriberto iba a intervenir para que no se lo llevaran, pero los hermanos Ríos vociferaron que ese era otro mau mau. Palao rastrilló el arma pero Francelina Arévalo se tiró encima de Heriberto y en la confusión lo sacaron de allí. Mi mamá, María Maceo, llegó aclamando: "Déjenme a mi hijo, que es inocente". La empujaron y si no la hubieran sujetado hubiera caído en un pedregal.

Se llevaron a Idalberto por toda la calle San Miguel dándole golpes y diciendo que iban a acabar con todos los mau mau. Lo condujeron al cuartel donde fue salvajemente torturado. A pesar de las gestiones que se hicieron para sacarlo no dejaron verlo.

Al día siguiente nos avisaron que Idalberto estaba tirado en el callejón de Santa Isabel, con un disparo en el cerebro. Preparamos condiciones para velarlo en la casa de mi abuela Candelaria Mojena, en la calle Dolores. Mas, los guardias se llevaron el cadáver directamente para el cementerio, no pudimos ni velarlo.

Idalberto Tamayo formó parte del grupo de Vicente Quesada, participando en la venta de bonos y en sabotajes como el incendio del almacén de Ferrocarril. En un carretón trasladaba bajo las yerbas a compañeros de lucha, armas y mensajes. Cuando quiso quedarse alzado, luego de pasar tres días en el campamento de Orlando Lara, el jefe rebelde le planteó que necesitaba dentro de Bayamo hombres valientes y de confianza. "Uno de esos hombres eres tú, Niñón", le dijo. Disciplinadamente, Idalberto volvió a la ciudad donde actuaba con suma discreción.

Oria Batista Fonseca:

A mi hermano Pedro Batista lo tuvieron preso en el cuartel el mes anterior. Por gestiones de varias personas lo dejaron libre. Él quería irse para la Sierra Maestra y unirse a la columna

del Comandante Che Guevara pero primero esperaba conseguir un arma, así como la autorización del M-26-7.

Cuando los disparos del día 20 en la noche se encontraba en la casa. De pronto llegó una patrulla de guardias acompañada de los hermanos Ríos. Atropellando a todo el mundo cargaron con Perungo, que era como cariñosamente le llamábamos. Su papá Pedro Batista, después de muchas discusiones se montó en el jeep militar pero al llegar al cuartel lo obligaron a bajarse y no le permitieron entrar al recinto castrense. Entonces el viejo fue a ver al alcalde Blas Elías que se decía había salvado de las garras de los asesinos a mucha gente. El alcalde le contó que acababa de llegar del cuartel y que el capitán Morejón le afirmó que no tenía a nadie allí preso.

Los hermanos Ríos, incluyendo las mujeres, pasaban por la casa voceando que había que acabar con los mau mau, cayera el que cayera.

En horas avanzadas del día 21 encontraron el cadáver de mi hermano tirado en el callejón de Payares, en la carretera de Santiago de Cuba. Antes de matarlo lo habían torturado brutalmente. Nos obligaron a llevarlo directamente para el cementerio.

Roberto Arnaldo Paneque:

Perungo Batista junto a otros compañeros, entre ellos Mundo Pacheco, Armando Castro, Víctor León y Elio Guerra, juraron la lucha sostenida contra la tiranía de batistiana hasta dinamitarla. Junto a Lara tomó parte en varias acciones y mantenía contacto con Vicente Quesada. Durante la Huelga de Agosto por el asesinato de Frank País, participó en el cierre de los comercios. En la panadería La Caridad fabricaba cócteles molotov, así como regaba alcayatas y tiraba cadenas al tendido eléctrico.

Campeón, una vez le dijo que se anduviera tranquilo porque lo estaba velando. Los sicarios realizaron varios registros en su casa sin encontrar nada comprometedor.

Hugo Jorge Hechavarría Remón:

En la madrugada del 21 mi hermano Mardonio Hechavarría se encontraba de turno en el garaje de Tin García, en la calle Figueredo. Sobre las cinco de la mañana llegaron varios guardias en un jeep, entre ellos Torres, Cárdenas y Mano Negra. Le dijeron: "Oye, tú, échanos gasolina".

Cuando llenaba el tanque, Torres lo cogió fuertemente por el brazo diciéndole: "Bien, nosotros queremos que nos digas el paradero de Tin García". Respondió que no sabía. Sin soltarlo le dijeron que querían joderlo a él también. Entonces le doblaron el brazo hasta dislocarlo. Seguidamente le dispararon un tiro en el antebrazo y la muñeca, y cuando Mardonio cayó al suelo adolorido, uno dijo categóricamente: "Acabemos de una vez". Sin pérdida de tiempo le metieron otro plomo por el cuello.

Luego los asesinos montaron en el jeep y se marcharon. Cuando los vecinos alarmados corrieron, ya Mardonio estaba muerto. Lo llevaron para la clínica Las Mercedes donde el médico Larrea extendió el certificado de muerte por armas de fuego. Lo trasladaron para su casa en la calle Pío Rosado, No. 100, para velarlo. A pesar de la represión el velorio era bastante concurrido. Pero sobre las 2 de la tarde se aparecieron los militares Rosabal y Martínez con la orden de llevárselo para el cementerio. No nos dejaron continuar velándolo como es la costumbre. Aquello molestó mucho a la familia al punto que escupimos a los guardias.

Eliodoro Lemes Guerra:

La compañera Rosa, la que trabajaba en la tienda al lado del garaje de Tinte, en la madrugada me avisó de la muerte de Mardonio. Rápidamente fui para allá. Estaba tirado frente al garaje. Comencé a sacar un carro para trasladarlo a la clínica Las Mercedes. En eso llegó Humberto Hechevarría, su primo. Lo abrazó, le dio un beso y dijo: "Yo vengaré tu muerte, hermano".

Una señora le murmuró que no dijera eso, pues los guardias estaban por todas partes.

Al otro día Rosa vino a avisarme asustada que un jeep militar de Holguín, con un rótulo que decía "Escolta Cowley", había llegado a su casa buscando el paradero de un señor canoso y con bigotes, que estaba en el garaje de Tinte. Me dijo que me ocultara por un tiempo. Entonces fui a la peluquería de Terencio, en la calle General García y me pinté el pelo de negro y me quité el bigote. Por si acaso me marché algunos días para el reparto Manopla donde no entraban los guardias. Cuando se fue la gente de Holguín con Cowley Gallegos, volví para mi casa.

Ángela Micaela Lotty Cedeño, Santa:

El día 20 por la mañana, luego de beber un rato en el bar de la esquina, se presentaron en la casa de Antonio Lotty Fonseca, en la calle 5 del reparto El Valle, los esbirros Albérico Torres, Cárdenas y Raúl. Dijeron que andaban buscando a Jesús Lotty, quien todo el mundo sabía que estaba alzado.

Luis Felipe estaba en la sala leyendo un libro de muñequitos. Lo cogieron violentamente exigiendo que les dijera dónde estaba su hermano mau mau o lo mataban. Entonces lo llevaron por la fuerza hasta el jeep y lo montaron. Su madre, Dolores Osorio, pedía a gritos que le dejaran a su hijo. Cínicamente le respondieron que les daba igual que fuera uno u otro.

Enseguida llamamos a un hermano nuestro, Antonio, *Fico*, que era guardia en Holguín. Varias personas fueron al cuartel a interceder por él, pero no dejaron verlo.

Al otro día su cuerpo apareció tirado en el callejón de Santa Ana, camino de La Pupa. Lo habían torturado salvajemente, porque tenía sacadas las uñas de las manos y los pies, los testículos masacrados, y la cara desfigurada por tantos golpes. Papá lo conoció por su pulóver de rayas. No dejaron a la familia velar el cadáver. Los militares se lo llevaron directamente para el cementerio.

Horas más tarde llegó Fico Lotty, quien condenó al régimen por sus crímenes. Poco después se pasó al Ejército Rebelde donde por su valor alcanzó los grados de capitán. Por su parte, Jesús juró vengar la muerte de su querido hermano, pero cayó en la provincia de Camagüey formando parte de la columna guerrillera de Jaime Vega.

Luis Felipe por esos días había ido a la Sierra y aunque no dijo nada sospechábamos que andaba en algo. Tal vez estaba creando condiciones para irse. Después supimos que uno de los hermanos Ríos dio información bastante negativa sobre él.

Roberto Arnaldo Paneque:

Durante la represión del 21 de octubre los esbirros acabaron con la vida de Reynaldo Cedeño, quien estaba preso en el cuartel, en la misma celda con Gilberto López. De seguro vio cuando lo sacaron y para que no hablara lo acribillaron a balazos.

William Ayala Quesada:

El 21 de octubre las calles bayamesas amanecieron enlutadas, pues la represión batistiana acabó con la preciosa vida de ocho conocidos y admirados luchadores clandestinos o colaboradores de la Revolución. Uno de los asesinados, Reynaldo Cedeño, no era conocido en la clandestinidad.

Cuando nosotros concebimos los atentados nunca pensamos que el régimen llevara a cabo una represión tan feroz. Estos salvajes hechos demostraron una vez más sus entrañas de hienas.

Los cuerpos represivos continuaron maltratando a las personas sospechosas y el allanamiento de los hogares se hizo más continuo. Muchos miembros del Movimiento tuvieron que marcharse de la ciudad, entre ellos el propio Bichín Guilarte, pasando a coordinador Amador Acosta Muñoz.

Elio Guerra Guerra:

En octubre de 1957 yo ocupaba la jefatura de Acción y Sabotaje del M-26-7 en Bayamo. Al producirse los hechos del 20 y 21 de octubre la represión del gobierno se recrudeció en la ciudad, por eso otros compañeros y yo tuvimos que escapar de la ciudad para no caer en manos del capitán Pedro Morejón. En aquel momento se había desmembrado precipitadamente la Dirección del 26 de Julio clandestino.

Amador Acosta Muñoz:

A raíz de los hechos del 21 de octubre, Bichín Guilarte era buscado por los sicarios del régimen, por eso decidió ausentarse de la ciudad. Antes de irse para Mayarí acordamos vernos en la finca de Lupercio Varona Fonseca, en las cercanías de El Dátil.

A ese encuentro acudió Arturo Duque de Estrada, enviado por la dirección del Movimiento en Santiago de Cuba, conjuntamente con Navarro Cuello, el que estaba al frente de la propaganda en Bayamo.

La idea era que yo asumiera las funciones de coordinador hasta tanto se asignara el que debía ocuparlo en propiedad. Iba a ser auxiliado por el propio Navarro Cuello en propaganda, Manuel Concha en el frente obrero y Melba Solís Aguilera en el femenino. Con todos ellos yo mantenía muy buenas relaciones. Las tareas debían seguir siendo el envío de los suministros a la Sierra Maestra, la venta de bonos y la recaudación de fondos.

En el traslado de mercancías y armas se destacaron muchísimo Nene Guerra López, conocido por El Lechero, y José Varona, Pepe, los que se movían en un jeep por toda la zona rural buscando leche para la fábrica Nestle. No levantaban sospechas a los militares batistianos porque su misión era recoger la leche de los proveedores de la Nestle.

De Santiago de Cuba volvieron poco después Duque de Estrada y Plubio Almenares con la orden de que en Bayamo no podíamos desarrollar acciones de envergadura para que de esta manera pudieran salir los suministros sin muchos contratiempos y así evitar los registros de la gente de Batista y enviando recursos y combatientes a la Sierra.

En diciembre yo también tuve que irme de Bayamo, pues me habían denunciado. Avisado a tiempo pude esconderme. Dejé al frente de todo a Melba Solís, que sería apoyada en las diversas actividades por una cantera de valiosas luchadoras, probadas en más de una misión, como Mercedes de Varona, Conchita Lacalle, Josefina Alcina, Marcela Rebutillo, Eloína Guerra, Dioclecia Saborit y Juana Vargas, entre otras.

En los inicios de 1958 designaron oficialmente como coordinador municipal de Bayamo a Hernán Pérez Concepción, con el nombre clandestino de Héctor.

Roberto Arnaldo Paneque:

El luto y el dolor de los bayameses se transformaron en odio y desprecio a la tiranía. Estos asesinatos mostraron la real entraña del enemigo y fortaleció la decisión de lucha. Un año y dos meses después triunfó la Revolución, y con ella la justicia revolucionaria que cobró al enemigo sus crímenes.

Rubén Castillo Ramos:

El 21 de octubre de 1959, al cumplirse dos años de La noche del terror, el pueblo bayamés honró a las víctimas con una misa de campaña en la histórica Plaza del Himno, así como una masiva peregrinación hasta el cementerio donde reposan sus cuerpos masacrados. Sobre las tumbas depositaron flores frescas.

Mientras la tarde caía, y junto a la frialdad de la tristeza por la pérdida de tantos mártires, se escuchaba la voz del bravo capitán rebelde Armando Botello que decía a las madres, esposas, familiares y amigos de los héroes, que

podían estar seguros de que aquella sangre no se había derramado en vano, porque en esta Revolución, que es la Revolución del pueblo y para el pueblo, los muertos son los que mandan. Manifestó que ellos constituían escudos para los nuevos combates por la grandeza y la dignidad de la Patria, y contra los enemigos nativos y extranjeros, los criminales empedernidos que aún no han saciado su sed de sangre y los traidores aborrecibles y despreciables.

Acto seguido, todos los presentes juraron ante las tumbas de los caídos que los que cometieran aquellos actos de salvajismo, la horrible masacre de octubre del 57: "¡Jamás podrán volver!".

Desde entonces, cada año, se honra a los bravos combatientes, a los que dieron todo por acabar con la oprobiosa tiranía y que por fin, Cuba fuera eternamente libre.

CITAS Y NOTAS

- 1- El que asume la responsabilidad de otro. Políticamente el que se vende al mejor postor. Persona sin ideología, que no escatima medios para saciar sus ambiciones personales.
- 2- Nombre con que se denominaba el área entre la avenida Francisco V. Aguilera y el río Bayamo, situado en el barrio de El Cristo. Sus vecinos en los años 30 usaban chinelas o chancletas, piezas de madera y soporte de goma, a las que jocosamente se les decía cutara. El ingenio bayamés bautizó al barrio, La Cutara.
- 3- Rubiera, Daysi y Miguel Sierra: *Testimonios sobre Frank*. Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1978, p. 119.
- 4- Poblado y central azucarero perteneciente al antiguo municipio de Manzanillo. Hoy lleva el nombre de Bartolomé Masó Márquez.
- 5- Fracción reaccionaria del sindicalismo bajo la jefatura de Eusebio Mujal. Respondía a los intereses politiqueros y demagógicos del Gobierno pro-imperialista.
- 6- Organización clandestina creada en mayo de 1953 por el ex ministro auténtico Aureliano Sánchez Arango. A pesar de contar con gran cantidad de recursos no desarrolló acciones frontales contra la dictadura. La sigla se ha dicho irónicamente que significaba Agrupación de Amigos de Aureliano.
- 7- Área comprendida entre la calle Juan C. Zenea y línea, limitando al oeste con la calle Pedro Figuerdo y al este con Manuel del Socorro. Uno de sus primeros habitantes fue el señor Francisco Castro Guerra, quien construyó una quinta. El ganadero parceló y vendió los terrenos. En los años 30 hubo intentos por parte del gobierno municipal de llamarlo reparto general Fernández de Castro, pero se mantuvo el tradicional reparto de Castro, recordando así a su antiguo dueño.

- 8- Grandes puentes de concreto construidos sobre la línea del ferrocarril central. El de Bayamo fue erigido en 1929 en áreas del reparto Francisco de Castro.
- 9- La cuadra situada entre la calle Salvador Cisneros y la avenida Francisco Vicente Aguilera del barrio El Cristo.
- 10- Entre los días 22 y 26 de diciembre de 1956 el coronel Fermín Cowley, jefe del Regimiento No. 7 Calixto García de Holguín, desató una ola de represión contra los revolucionarios de este territorio. De esa manera acabó con la vida de 23 líderes obreros, estudiantes y campesinos.
- 11- Terrenos situados entre la calle Juan Clemente Zenea y Línea, colindando al este con la calle Francisco Parada y al oeste con la avenida general Luis Milanés. Estos terrenos en 1915 fueron adquiridos por el señor Juan Pizarro Anaya, quien procedió a parcelarlos y venderlos.
- 12- Área situada al norte del ferrocarril de Bayamo en el actual reparto Pedro Pompa. Antes de la Revolución estuvo compuesta por viviendas pobres diseminadas en terrenos del Ayuntamiento. Por ser estas ocupadas a la fuerza, o como se decía entonces "a la cañona", el reparto llevó mucho tiempo este nombre.
- 13- Este documento se encuentra en el archivo personal del general de brigada William Gálvez Rodríguez.
- 14- Organización paramilitar creada por el gansteril Rolando Masferrer Rojas, con la facultad de asesinar a cualquier persona que atentara contra el régimen batistiano.
- 15- Situado entre la calle Juan C. Zenea y Línea, con límite al oeste con la calle José Antonio Saco y al este con Pedro Figueredo, del antiguo barrio de San Juan. En 1950 uno de los lotes fue adquirido por el señor Enrique Olivé Guerra. La alcaldía municipal comenzó a modernizarlo y la voz popular lo designó como el reparto Olivé.
- 16- Área situada al norte del ferrocarril de Bayamo, en el antiguo barrio de Laguna Blanca. Primeramente se le llamó Cayo Confite. Actualmente se ubicaría entre las calles de general Luis Milanés y los Mártires del reparto Camilo Cienfuegos.

TESTIMONIANTES

Acosta Muñoz, Amador. Nació el 2 de julio de 1924, en la ciudad de Bayamo. Empleado de Comercio. Fundador de M-26-7 en febrero de 1956, asumiendo tres meses después la función de tesorero. Por los sucesos del 21 de octubre de 1957, y buscado por las fuerzas represivas tuvo que abandonar la ciudad. Marcha para La Habana donde siguió laborando por la Revolución. Fichado, detenido y puesto en libertad marcha para la Sierra Maestra. Ingresó en la Auditoria de la columna No. 1 del I Frente. Ha sido condecorado con las medallas: Columna "José Martí", Ejército Rebelde, Lucha Clandestina y 30 y 40 Aniversario de las FAR.

Arias Medel, Ana María. Nació el 17 de abril de 1924, en la ciudad de Bayamo. Dueña de un bar donde un comando revolucionario ajustició al asesino Roberto Ríos, el 20 de octubre de 1957.

Ayala Quesada, Willian. Nació el 7 de octubre de 1928, en la ciudad de Bayamo. Mecánico automotriz. Destacado diregente del M-26-7, hombre de confianza del Che y de Camilo para los enlaces en la ciudad. Laboró con el capitán Osvaldo Herrera en la reestructuración del Movimiento. Estuvo preso por tres meses en los calabozos del Escuadrón 13 de la Guardia Rural. Luego de estos hechos pasó al clandestinaje. Ha sido condecorado con las medallas: Lucha Clandestina, Lucha Contra Bandidos y 30 y 40 Aniversario de las FAR.

Batista Fonseca, Oria. Nació el 15 de diciembre de 1922, en la ciudad de Bayamo. Empleada de una dulcería. Colaboradora de la lucha clandestina.

Betancourt Cisneros, José Manuel. Nació el 21 de agosto de 1936, en la ciudad de Bayamo. Desde 1956 ingresó en el M-26-7 con Iván Leyva, desarrollando múltiples actividades. A finales del año 1957, por la ola de represión desatada, salió de Bayamo durante tres meses. Luego continuó en el envío de abastecimientos para las guerrillas del Cauto. Ha sido condecorado con las medallas: Lucha Clandestina, Lucha Contra Bandidos y 30 y 40 Aniversario de las FAR.

Bruqueta Rosabal, Mario. Nació el 18 de diciembre de 1938 en el poblado de Veguitas. Empleado de Comercio. Desde 1956 ingresó en el M-26-7. Una vez fichado subió a la Sierra Maestra e ingresó en la columna No. 1 "José Martí". Tomó parte en los combates de El Salto, Melones, Mir. Al mando de José Botello participó en varias acciones del noreste de Camagüey. De regreso a la Sierra intervino en los combates de la Ofensiva de Verano. Luego en el pelotón del capitán Pungo Verdecia peleó en Guisa y Maffo. Ha sido condecorado con las medallas: Lucha Clandestina, Lucha Contra Bandidos y 20, 30 y 40 Aniversario de las FAR.

Carbonell Alard, José. Nació el 28 de abril de 1927, en Manzanillo. Administrador de una mueblería en Bayamo. Ingresó al M-26-7 en 1956. Por la persecución desatada en octubre de 1957 marchó a La Habana y luego a Estados Unidos. En funciones de historiador ha publicado los libros: *Estampas de Bayamo* y *Bienvenido a Bayamo*. Ha sido condecorado con las medallas: Lucha Clandestina y 20 y 30 Aniversario de las FAR.

Castillo Ramos, Rubén. Nació el 27 de abril de 1917, en la ciudad de Bayamo. Periodista. Desde 1956 ingresó en el M-26-7 tomando parte activa en la propaganda y la tesorería junto a Robert A. Paneque. En 1958 fue detenido e interrogado. Por estar fichado tuvo que marchar a La Habana. Condecorado con las medallas: Lucha Clandestina y 20,30 y 40 Aniversario de las FAR. Falleció el 26 de junio del 2004.

Cedeño Corría, Leopoldo, Polo. Nació en 1926, en la ciudad de Bayamo. Dueño de una carnicería.

Céspedes Pí, Gustavo. Nació el 19 de mayo de 1936 en el barrio de Humilladero, perteneciente al municipio Bayamo. Empleado de Comercio. Ingresó en 1956 en el M-26-7 en el barrio de Julia. Por los hechos de la Huelga de Agosto del 57, tuvo que pasar a la clandestinidad. Posee las medallas: Lucha Clandestina, Lucha Contra Bandidos y 20, 30 y 40 Aniversario de las FAR. Falleció el 20 de julio de 1997.

Chacón Torres, Héctor, Gallego. Nació en 1923, en la ciudad de Bayamo. Cabillero de la Construcción.

Chávez Reyes, Lepoldo, Polo. Nació el 24 de septiembre de 1932, en Manzanillo. Panadero. Ingresó en 1956 al M-26-7 en la ciudad de Bayamo. Se alzó en febrero del 58 en la tropa del capitán Orlando Lara. Tomó parte en el Combate de Mir. Luego salió a cumplir una misión a La Habana, donde fue detenido. Condecorado con las medallas: Lucha Clandestina, Lucha Contra Bandidos, Ejército Rebelde y 30 y 40 Aniversario de las FAR.

Domínguez Rivero, Conrado, Pelao. Nació el 5 de enero de 1940, en la ciudad de Bayamo. Desde 1956 ingresó al M-26-7 tomando parte en las acciones con Gelasio Folgado y Orlando Lara. Cuando en abril de 1958 se marchó a la Sierra tuvo un encuentro con el ejército batistiano y recibió una herida. Una vez recuperado logró ingresar en la columna No. 1. Condecorado con las medallas: Lucha Clandestina y Ejército Rebelde.

Escobar Alba, José, Cheo. Nació el 27 de diciembre de 1936, en la ciudad de Bayamo. Vendedor ambulante. Ingresó en el M-26-7 en mayo de 1957 en el grupo de Lara y sus muchachos. Realizó varias acciones de sabotajes. Luego sirvió de mensajero y abastecedor de las guerrillas del Cauto. Posee las medallas: Lucha Clandestina, Lucha Contra Bandidos y 30 y 40 Aniversario de las FAR.

Ferreiro de la Torriente, Francisco. Nació en 1932, en la ciudad de Bayamo. Empleado de Comercio. Colaborador de la lucha clandestina.

Frómeta Suárez, Sergio. Nació el 10 de octubre de 1937, en Baire, antiguo municipio de Jiguaní. Estudiante de la Escuela normal de Maestros de Bayamo. Fundador del M-26-7 en Jiguaní. Autor de los libros: *Jiguaní: imagen en el tiempo* y *La lucha clandestina del Movimiento 26 de Julio en Jiguaní*. Ostenta la medalla: Lucha Clandestina.

Guerra García, Eloína. Nació el 5 de febrero de 1918, en la ciudad de Bayamo. Maestra. Formó parte del M-26-7 desde 1956, laborando muy estrechamente con Vicente Quesada. Muy perseguida en noviembre del 58 se marchó para Guisa, donde cumplió misiones de enfermera y maestra. Posee las medallas: Lucha Clandestina y 20, 30 y 40 Aniversario de las FAR.

Guerra Guerra, Elío. Nació el 20 de diciembre de 1916 en la ciudad de Bayamo. Trabajador de la fábrica de refresco La Materva. Fundador del M-26-7 en febrero de 1956, desempeñando el cargo de Jefe de Acción y Sabotaje. Después de los crímenes de octubre del 57 dejó la ciudad. Condecorado con las medallas: Lucha Clandestina y 30 y 40 Aniversario de las FAR.

Guevara Casate, Julia. Nació el 22 de octubre de 1938, en la ciudad de Bayamo. Trabajadora de Comercio. Ingresó en el M-26-7 desde 1956 en el grupo de Orlando Lara. En junio de 1958 formó parte de la guerrilla de Roberto Reyes que operaría en el sur de Camagüey. Cuando cayó su jefe asumió con mucho valor la dirección de la unidad rebelde. Realizó varias acciones en la carretera de Santa Cruz. A consecuencia de la persecución enfermó de los nervios y para recibir atención médica la trasladaron a Camagüey y después a La Habana. En la capital fue fichada y apresada hasta el Triunfo de la Revolución. Condecorada con las medallas: Lucha Clandestina, Lucha Contra Bandidos, 20, 30 y 40 Aniversario de las FAR, Ejército Rebelde y Campaña de Alfabetización.

Guevara Morales, Luis. Nació el 5 de febrero de 1932, en Baire, antiguo municipio de Jiguaní. Desde 1956 ingresó

al M-26-7. Trabajó con Orlando Lara y Walter Santiesteban en la realización de sabotajes. Una vez recuperada en Santiago de Cuba de las heridas recibidas en Bayamo el 20 de octubre de 1957 subió a las montañas. Ingresó en la columna No. 1 "José Martí" y tomó parte en los combates de Vegas de Jibacoa, las Mercedes y Cerro Pelado. En el pelotón del capitán Pungo Verdecia operó entre Barrancas y Veguitas. Igualmente combatió en Guisa y Maffo. Posee las medallas: Lucha Clandestina y Ejército Rebelde.

Hechavarría Remón, Hugo Jorge. Nació en 1939, en la ciudad de Bayamo. Obrero del Comercio. Colaborador de la lucha clandestina.

Hechavarría Remón, Roberto. Nació el 10 de septiembre de 1934. Tipógrafo de la imprenta Román, S.A. Ingresó en la lucha revolucionaria en febrero de 1956. Posee las medallas: Lucha Clandestina y 30 y 40 Aniversario de la FAR.

Lemes Guerra, Eliodoro. Nació el 10 de septiembre de 1923, en el barrio El Horno, municipio Bayamo. Planchador público. Colaborador de M-26-7.

Muria Montaña, Manuel. Nació el 26 de junio de 1927, en la ciudad de Bayamo. Desde 1956 ingresó en el M-26-7 participando en varias acciones. Integró la guerrilla de La Aguada, en el barrio de Julia. A fines del 57 subió a la Sierra Maestra e integró la columna No.1. Tomó parte en los combates de Pino del Agua, Guisa y Maffo, entre otros. Condecorado con las medallas: Combatiente de la Lucha Clandestina, Ejército Rebelde, Lucha Contra Bandidos y 20, 30 y 40 Aniversario de las FAR.

Navarro Cuello, Julián Ercilio. Nació en 1927, en la ciudad de San Luis, provincia de Santiago de Cuba. Locutor de Radio Bayamo. Desde 1956 ingresó en el M-26-7, sirviendo de enlace entre Bayamo y Santiago de Cuba. Realizó importantes misiones de propaganda. Condecorado con las medallas: Combatiente de la Lucha Clandestina, Ejército Rebelde, Lucha Contra Bandidos y 20, 30 y 40 Aniversario de las FAR.

Ocaña Báez, Jorge Luis. Nació el 19 de abril de 1941, en la ciudad de Bayamo. Participó activamente en la lucha clandestina.

Pacheco Báez, José Luis. Nació el 5 de septiembre en 1938, en la ciudad de Bayamo. Ingresó en el M-26-7 en agosto de 1956 con Walter Vives. Empleado del Centro de Veteranos. Condecorado con las medallas: Lucha Clandestina y 30 y 40 Aniversario de las FAR. Militante de la Juventud Socialista Popular.

Paneque, Elvira. Nació el 26 de agosto en 1920, en la ciudad de Bayamo. Desde 1956 militó en el M-26-7 en el grupo de Orlando Lara. En agosto del 57 ingresó en la guerrilla de Cauto del Paso con el propio Lara. Condecorada con las medallas: Lucha Clandestina, 20 y 30 Aniversario de las FAR y Ejército Rebelde.

Paneque, Robert Arnaldo. Nació el 8 de diciembre de 1921, en la ciudad de Bayamo. Barbero y Periodista. Fundador del M-26-7 en febrero de 1956 ocupando el cargo de tesorero. Fichado por los cuerpos represivos fue apresado en varias ocasiones. Falleció el 20 de febrero de 1933. Condecorado con las medallas: Lucha Clandestina, Campaña de Alfabetización y 20 y 30 Aniversario de las FAR.

Pedreira Mainet, Juan. Nació el 27 de mayo de 1923, en la ciudad de Bayamo. Chofer y pequeño agricultor. Colaborador de la lucha clandestina.

Pérez Rodríguez, Dora Luz. Nació el 4 de mayo de 1940 en la ciudad de Bayamo. Estudiante de la Escuela de Comercio. Participó en actividades en la lucha clandestina.

Portuondo Báez, William. Nació el 11 de agosto en 1933, en la ciudad de Bayamo. Obrero temporal. Ingresó desde 1956 al M-26-7 en el grupo de Orlando Lara. En 1958 se alzó en Las Tunas con el grupo de Iván Leyva. Condecorado con las medallas: Lucha Clandestina, 20, 30, y 40 Aniversario de las FAR y Ejército Rebelde. Falleció el 11 de marzo de 2004.

Rodríguez Corona, Ana Marina. Nació el 18 de julio en 1935, en la ciudad de Bayamo. Estudiante de la Escuela de Comercio. Tempranamente ingresó en el M-26-7 como parte del grupo de Iván Leyva. En 1958 se alzó en Las Tunas con el propio Leyva. Condecorado con las medallas: Lucha Clandestina, Ejército Rebelde y 20, 30 y 40 Aniversario de las FAR.

Rivero Tamayo, Teódolo. Nació el 11 de mayo de 1936 en la ciudad de Bayamo. Empleado del cine Carlos Manuel de Céspedes. Colaborador del M-26-7.

Tamayo Maceo, Victoria Candelaria. Nació el 17 de noviembre en 1940, en la ciudad de Bayamo. Maestra primaria. Colaboradora de la lucha clandestina.

Trotman Gregory, Catalina. Nació el 22 de octubre de 1922, en la ciudad de Bayamo. Maestra. Colaboradora de la lucha clandestina.

Villareal Mendoza, Guido Antonio. Nació el 28 de febrero de 1918, en la ciudad de Bayamo. Mecánico automotriz. Por las persecuciones desatadas en octubre de 1957 tuvo que pasar a la clandestinidad, y luego marcharse de Bayamo. Colaborador de la lucha clandestina.

Títulos en preparación:

*-Bayamo en la modernidad:
cementorios y enterramientos.*

-Memorias del crisol V.

-Fuego y ocaso.

- La Historia en la palabra II.

**PÁGINAS
REBELDES**

Bayamo en 1957

fue impreso por Ediciones Bayamo en mayo de 2005.

Esta edición consta de 500 ejemplares.

La etapa de lucha clandestina por la liberación nacional aún presenta ineludibles desafíos para la historiografía cubana. Profundizar en los acontecimientos de aquel período contribuye a esclarecer una página significativa de nuestra historia. De ahí lo necesario de este texto que aborda los sucesos de junio a octubre de 1957, ocurridos en Bayamo, desde la perspectiva de sus propios protagonistas.

De modo que su esencia es la continuidad de lucha de un pueblo; la semilla de rebeldía que germinara ante los desmanes y vejámenes de los gobiernos corruptos.

Jóvenes revolucionarios que como Orlando Lara, Vicente Quesada, Julita Guevara y Gilberto López han dejado su huella indeleble en nuestra historia patria.

Sirvan estos testimonios como ejemplo de reafirmación revolucionaria para todo nuestro pueblo.

